UN
MOMENTO
COMEDIA
PRÓLOGO Y
TRES ACTOS, DE
FELIPE SASSONE
50
cts.

Cubierta

de

este

número:

Felipe Sassone

aplaudido

intérprete

de

su

propia

obra.

11547

"UN MOMENTO"

2J7099

FELIPE SASSONE

"UN MOMENTO"

ESCENAS DE LA HISTORIA DE UN HOMBRE

COMEDIA EN PROLOGO Y TRES ACTOS,
ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Alkázar de Madrid
el 1.° de julio de 1931.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO

LA FARSA

AÑO V | 29 DE AGOSTO DE 1931 | NUM. 207
MADRID

DEDICATORIA:

Para Emilio Thuillier, admiración de siempre, al fin mi intérprete.

FELIPE SASSONE

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
El prólogo	Felipe Sassone.
Lucía	Rosario Pino.
María Luisa	María del Carmen Prendes.
Josefina	Adelina López.
El doctor don Juan de Mendoza y Villar, duque de Villalunada	Emilio Thuillier.
Carlos	Antonio Armet.
Pedro Miguel	Enrique San Miguel.
Don José Enríquez	Benito Cobeña.
Don Augusto Esclatar	Salvador Sala.
Federico	Carlos García.
Bautista	Erasmo Pascual.

La acción en la imaginaria ciudad de Mila, capital del imaginario reino de Alfaria, después república, en la imaginaria península de Alfaria.
Epoca actual.

PROLOGO

(A telón corrido.)

Pensó el autor, por anhelo elegante de su vanidad, que el tenue velo de la fantasía se tendiera, siquier fuese en el prólogo, sobre la dura realidad de la comedia. Mas advirtió luego, a Dios gracias a tiempo, que deseando servir al arte traíalo por el contrario a bajos menesteres, ya que la poesía canta, sugiere y evoca—y vive de sí misma y de su propia belleza—, y no vale rendirla a la humilde servidumbre de explicarse en un prólogo. Así, la inevitable aclaración preliminar va dicha con la sencilla claridad de unas palabras modestas, que sólo por la rectitud de sus intenciones se libran de ser prosa vil. Soñaba el autor la farsa, y pudo su voluntad urdir y escoger el sueño, mas no el lugar donde soñarlo, porque yo antes había escogido su corazón tierra y cielo para vivir y morir. De tal suerte, no logró evadirse a la atmósfera donde corren sus días, y el ambiente del sueño fué el mismo ambiente de la realidad. Nació

esta comedia, que se titula UN MOMENTO, en un momento político, y porque de él nació y por él sugerida, pudiera al principio parecer una obra política que el autor no ha intentado siquiera esta vez, ni intentará jamás ninguna otra. Los sucesos contemporáneos que agitaron a la nación para sosegarla luego, hirviendo en las calles en la muchedumbre encrespada, más de entusiasmo que de indignación, apenas llegan a ser en la ficción teatral el reactivo que agita las pasiones de una familia y enreda y desenreda el drama individual de unos cuantos, y, sobre todo, la conciencia de un hombre, el protagonista, héroe humano, pequeño y falible, de esta comedia falible, pequeña y humana. Por lo que rodea el momento inicial, parecerá que la obra sustenta de pronto una tendencia y de repente la opuesta, siendo así que no defiende ninguna, porque nunca como ahora, por su condición de extranjero, pudo revestirse el autor de una serenidad impasible que le permitiese cumplir la sentencia de Flaubert: "El autor debe estar ausente de su obra." Y tan ausente está, que ya no sabe ni su pensamiento, y los personajes hablan por cuenta propia y tejen la comedia casi como a escondidas de la mente que la concibió. El autor no opina; fuera osadía. No juzga; fuera temeridad. Copia y sueña, y si algo quedara en pie como pensamiento central, será el respeto a la dignidad humana, el deseo de que un hombre pueda opinar ante otro, que opina lo contrario, sin que ninguno de los dos sienta el impulso de matar: la oposición de una moral sentimental y digna a la moral utilitaria, de conveniencia y codicia de los tiempos de lucha, ya que aquella es el fondo y la sustancia de nuestra civilización y de nuestro racionalismo de occidentales. Porque el autor no opina, y hay en la comedia contra y pro y revés y derecho, suplica a su auditorio, parte de un pueblo que dió en su día una lección de serena civilidad al mundo, que no falle de pronto, ni condene a medio camino, con el grito que interrumpe la réplica del personaje. Déjenlos discutir a ellos, y ya fallará después. Quiere así decir noblemente con el héroe griego, "pega, pero escucha", y quiere decir también humildemente con un adagio del pueblo, "hasta el fin nadie es dichoso". Como el autor no tiene más atadura que la de no ser español, para que nadie vea en su obra ni alusiones ni claves, coloca la acción en la supuesta península de Alfaria y en la ciudad de Mila, capital del reino primero y de la república después. Imaginario el lugar, imaginaria la acción; pero españoles la imaginación y el deseo, porque el autor

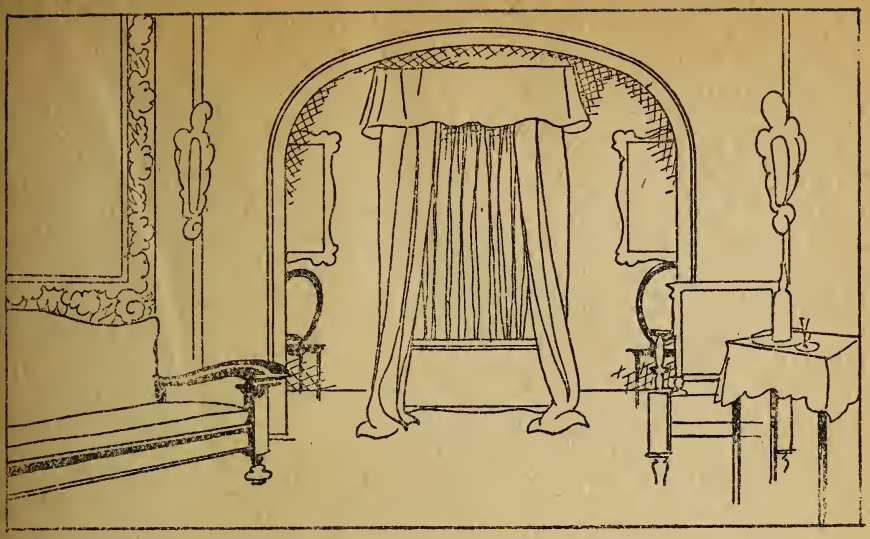
se consoló siempre de la pena de no haber nacido en España, siendo todo de España para el deber y para el amor y nada para el derecho, para la codicia y para el logro. Como la vez primera, cuando llegó desde lejanas tierras peregrino de su arte humilde a llamar a la puerta de oro del gran teatro español, digo por él:

Que su vino de arte el autor ha vertido
de la mente del público en la copa cordial;
si al borbotear del líquido vuela un suave sonido
será por la sonora finura del cristal.

Y nada más de esta pobre comedia que, por mi boca, deja el autor temblando en vuestras manos.

(*Mutis.*)

ACTO PRIMERO



Sala en casa del duque. Al foro un arco, tras él, en el forillo, una ventana practicable, cerrada. Libres los términos tras el arco. Una lateral a cada lado en primer término. Sofás, sillas, todo muy elegante.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón, ya mediada la tarde, toman café el DUQUE y CARLOS. BAUTISTA (librea de frac) ofrece a Carlos una bandeja con licores.)

BAUTISTA.—¿Qué licor prefiere el señorito? (*Reparando en que Carlos mira la bandeja.*) Anisette Bordeaux, Chartreuse Verde, Fine Champagne, Crema de Cacao, Benedictine...

CARLOS.—Fine y Crema, mitad y mitad. (*El camarero sirve.*) ¿Usted no bebe, duque?

DUQUE.—No; conservo mis hábitos de médico. De cuando todavía lo era.

CARLOS.—Lo dice usted con cierta nostalgia.

DUQUE.—De mi carrera tal vez; de los licores, no; no bebí nunca. Aconsejaba a mis clientes, predicaba con el ejemplo, y me ha quedado la costumbre.

CARLOS.—Pues esta mezcla es... ¡deliciosa! Aunque me haga daño...

DUQUE.—Ahora, no. ¿Qué edad tiene usted? ¿Veintiocho?

CARLOS.—Más, más... ¡Treinta!

DUQUE.—¡Bah! Muy pocos más. ¡Dichosos treinta años! Yo le doblo la edad. A la edad de usted nada hace daño; pero luego...

CARLOS.—Luego es la edad la que nos daña; el tiempo que vivimos, no el género de vida que llevamos. Yo creo que la juventud y el vigor son como la tinta de un tintero, que escriba usted poco o mucho, tiene limitada la duración y al fin y a la postre se evapora y se seca...

DUQUE.—Pero si tapa usted bien el tintero, la tinta durará más. Ya verá usted cuando tenga mis años, antes probablemente: lo menos que le auguro a usted son unos ataques de gota.

CARLOS.—¡No sea usted agorero!

DUQUE.—Es la enfermedad de los *gourmets* y *gourmands*, golosos y glotones en una pieza. La venganza póstuma de todos los pobres patos a quienes les hipertrofiaron artificialmente el hígado... ¡Se vengan con la gota, que es la expiación de los bebedores de champaña y de los comedores de "*foiegras*".

CARLOS.—Ahora comprendo por qué su hijo Pedro Miguel es tan sobrio...

DUQUE.—Mucho, sí; pero no por mis consejos ciertamente. Es una forma de su democracia y de su republicanismo. El cocido a diario. Su estómago sencillo y sano no necesita variar. El cocido y el puro peninsular. Mi hijo es republicano en todo. No quiso ser médico por no heredarme ni en eso... Y se hizo abogado y escritor; no quiso ser duque..., ni siquiera lleva mi apellido... Es el poeta Pedro Miguel, así, los dos nombres de pila solos, que ya va haciendo célebres en el Ateneo, en la Casa del Pueblo y en los mítines populares. El dice que es el hijo de nadie; el hijo de sí mismo. Lo curioso es que llamándose así, Pedro Miguel, su nombre no tiene nada de democrático.

CARLOS.—¿Por qué?

DUQUE.—Es más bien un nombre principesco e imperial: Carlos Enrique, Federico Augusto, Francisco José... Pedro Miguel... Y a él le suena bien por una especie de atavismo inconsciente: no se es lo que se quiere, amigo mío, sino lo que se es..., por razones más hondas que la voluntad y más antiguas que nuestro ser actual.

CARLOS.—¡Es una teoría! Yo, con su permiso, repito el *pousse*

RBC
NcU

café. No tengo la culpa de que usted no me haya dado un almuerzo de médico, sino un almuerzo de duque...

DUQUE.—Repito lo anterior: se es... lo que se es.

CARLOS.—Perdone usted; se es... lo que se puede. Y pronto dejará usted de ser duque.

DUQUE.—¿Porque venga la República? ¡Bah! Lo seguiré siendo. Me llamarán como me llamo. Don Juan de Mendoza y Villar, que no es un nombre plebeyo, aunque se empeñen, y seguiré teniendo delgadas las muñecas y delgados los tobillos y fina la piel. Lincoln dió la libertad a los negros, pero no los pudo volver blancos.

CARLOS.—¡Ja, ja, ja! Absurdo; pero tiene gracia.

DUQUE.—Lo mismo me decía mi hijo.

CARLOS.—¿Lo mismo que usted?

DUQUE.—No; lo mismo que usted: que dejaré de ser duque. ¡Sueña!

CARLOS.—Y sueña bien. Es muy listo Pedro Miguel. A mí me encanta su charla. Creí que almorzaría con nosotros.

DUQUE.—¡Ca! Si no vive en casa y a comer no viene casi nunca. Almuerza y cena con sus republicanos. Y no es que a pesar de sus ideas no le queramos en casa, y no digo yo, que al fin y al cabo soy su padre, aunque no parezca hijo mío; pero mi mujer, su madrastra, simpatiza mucho con él. Más que con mi hija, ya ve usted. Ahora que él anda lejos, distraído, con esta pretendida revolución, de la cual se siente el nuevo *Rouget de L'Isle*. Anoche, después del triunfo republicano de las elecciones municipales, me aseguraba que hoy se proclamaría la república. ¡Ya ve usted!

CARLOS.—¿Y usted lo cree imposible?

DUQUE.—¿Un cambio de régimen por la sorpresa de unas elecciones municipales? ¡Naturalmente! Imposible de toda imposibilidad. ¿Dónde, cuándo se ha visto eso?

CARLOS.—Se podría ver ahora por primera vez, y sería un gran ejemplo de civismo, de civilidad. La voz de los ayuntamientos es la voz de las ciudades, querido amigo. Y el pueblo, al echarse a la calle, como se ha echado, ha convertido las elecciones municipales en un acto plebiscitario.

DUQUE.—¡Qué disparate!

CARLOS.—¿Disparate? ¿Quiere usted más voto que la voz del pueblo gritando en las calles su alegría?

DUQUE.—Pero, ¿quiénes gritan? Muchachos, mozalbetes...

CARLOS.—¡Y hombres, duque! Pero aunque fueran sólo muchachos y mozalbetes, es una razón de peso para un buen augurio. Si fueran viejos no habría que pensar... Pero los muchachos son la voz del porvenir...

DUQUE.—¿Pero es que usted es enemigo del rey?

CARLOS.—Con franqueza, duque, sí: de todos los reyes.

DUQUE.—Así, porque sí, ¿verdad? Sin razones...

CARLOS.—¿Razones? Muchas, y conste que yo no soy un político

DUQUE.—Entonces, ¿por qué habla usted?

CARLOS.—¿Usted cree que sólo pueden opinar los políticos de profesión? Yo soy un ciudadano y me pongo a tono con el coro de esta tragedia. Razones, me pide usted; si la voluntad del pueblo no fuera razón bastante, yo le enumeraría todos lo motivos de mi odio. El primero, una guerra perdida.

DUQUE.—No es una razón.

CARLOS.—Una guerra impopular, duque. Los reyes fueron siempre guerreros—a usted que tanto ama la tradición se lo digo—, y guerra perdida, corona perdida.

DUQUE.—No siempre; en otros tiempos...

CARLOS.—No hablemos de otros tiempos ni de excepciones. En éste, y en nuestra patria, para sostener la corona que había perdido la guerra se trajo una dictadura; ella sustituyó, destrozándolos, los antiguos soportes de la monarquía: la vieja política, que consintió su advenimiento, y el ejército, que el descontento dividió. Cuando la dictadura se fué, se fué también el último apoyo falso: cuando la dictadura se hunde, se hunde también el que la trajo. ¡No! No me diga usted nada. Usted que fué tres veces presidente del Consejo, usted que se apartó del gobierno y no he querido volver cuando fué atropellada la Constitución, usted que conspiró.

DUQUE.—Contra la dictadura, sí; contra el rey, no.

CARLOS.—¡Oh, el dictador era el rey!...

DUQUE.—¡No! ¡Basta! Usted es el que ya no puede decirme nada cuando yo le recuerde que he estado más de veinticinco años al servicio de la monarquía. Antes de enviudar de mi primera mujer, antes de que nacieran mis hijos. Yo amo y respeto a la persona del rey...

CARLOS.—Muy bien; pero ahora es usted quien no tiene razones que aducir. Defiende usted lo indefendible. Sí, sí, me callo, y le respeto a usted. Respeto su sentimiento, su pasión; su idea,

no, porque no existe. Ya no habla usted como un monárquico, sino como un cortesano.

DUQUE.—¡Señor don Carlos! Yo no quiero tomar a ofensa lo que usted me lanza a la cara en el calor de la discusión, pero...

CARLOS.—Duque, por Dios, yo...

DUQUE.—Usted mismo ha reconocido que yo me aparté del gobierno en cuanto le vi fuera de la ley...

CARLOS.—Sí, señor, y perdóneme usted. Yo no le censuro; pero no me puedo explicar ya su monarquismo. Si el rey no tiene herederos, ni en quien abdicar, ¿qué monarquía quiere usted defender? La república es ya más que un deseo, más que una idea; es una necesidad inevitable.

DUQUE.—¡No, eso no!

CARLOS.—¿No lo cree usted?

DUQUE.—¡Calle usted! ¡Cómo he de creer! Estoy seguro de todo lo contrario. Nuestra tierra de Alfaria, nuestra patria, no es lo que usted piensa; otra cosa es lo que mandan su tradición, su espíritu y su historia. ¿No lo ha visto usted en las leyendas, en las banderas, en las viejas proclamas, hasta en los antiguos programas y listines de las fiestas de toros? El rey nuestro señor, que Dios guarde. Es como la divisa de la Nación. Ello dice bien claro lo que es Alfaria, y ahí están las dos palabras, Dios y Rey, y otras dos más: Nuestro Señor, que participan de ambas ideas y que son en verdad una sola, consubstancial con nuestra patria.

CARLOS.—¡Duque, duque! ¡Qué locura! Salga usted ahora mismo a esa ventana, diga usted ese bellísimo discurso del rey nuestro Señor que Dios guarde y ya verá usted la que se arma. Pero antes encomiéndese usted a... a Lucifer, porque Dios Nuestro Señor, ni le guarda, ni le salva.

ESCENA II

DICHOS y LUCIA, una hermosa mujer en pleno y luminoso otoño. Por la izquierda.

LUCIA.—(*Entrando.*) ¿Discutiendo ya?

CARLOS.—Soñando, duquesa. Su marido sueña en voz alta.

DUQUE.—¿Yo? ¿Está usted seguro de que soy yo el que sueña?

CARLOS.—Tan seguro como que a la duquesa se le ha quedado frío el café.

LUCIA.—Me gusta más así. Al enfriarse gana en aroma. (*Bebe un sorbo.*) ¡Ay, riquísimo!

CARLOS.—¿Una copita?

LUCIA.—Bueno. ¿Qué ha tomado usted?

CARLOS.—Una mezcla: cacao y coñac.

LUCIA.—Debe de estar muy bien. La pruebo. Ande, prepáremela usted. (*Carlos sirve. Lucía a su marido.*) Tú no habrás tomado nada, supongo.

DUQUE.—Y supones bien. Mis resoluciones son para siempre.

CARLOS.—Pues de sabios es mudar de consejo, duque. Y usted lo es.

DUQUE.—Lo dice usted con segunda, ¿verdad? Ya está usted como mi hijo, queriendo convencerme para que cambie de casaca. El dice...

LUCIA.—¡Por Dios, por Dios, basta de política! No se enreden de nuevo. Todo es política a mi alrededor; cuando no son discusiones, son voces de la calle, ruidos. Toda la noche me la he pasado en vela oyendo las pisadas de las patrullas por esta calle. ¡Qué odioso golpear de cascos de caballos sobre el empedrado! ¡Chas, chas, chas, chas! Toda la noche. ¡Horrible!

DUQUE.—Pues esa ronda es tu seguridad; la nuestra, la de todos.

CARLOS.—Ya ve usted, duquesa: mientras usted padece de insomnio, su marido sigue soñando.

ESCENA III

DICHOS y BAUTISTA

BAUTISTA.—Señor duque, el señorito Pedro Miguel le espera en su despacho.

CARLOS.—Ya está ahí.

DUQUE.—Dile que venga.

BAUTISTA.—Le he dicho que el señor duque estaba aquí, con la señora duquesa y el señor, y dijo que necesitaba verle a usted solo, que es asunto muy grave.

DUQUE.—Bien, voy. (*Mutis Bautista.*) Vamos a ver qué dice Andrés Chenier.

CARLOS.—A lo mejor, le llaman a usted de Palacio, a consulta regia.

DUQUE.—No sería mi hijo el que trajese la noticia. Pero si así fuera, iría. Y si fuese necesario formar gobierno, lo formaría. Cuando venga María Luisa, que me avisen.

LUCIA.—Tardará: pero te avisaré.

DUQUE.—Con permiso, Carlos. (*Mutis.*)

ESCENA IV

LUCIA y CARLOS

CARLOS.—¿Dónde ha ido la bella hijastra de la duquesa?

LUCIA.—Mi bella hijastra ha ido a almorzar con una amiga y con su carabina. Pero ya puedes suprimirme el tratamiento que tanto te fastidia.

CARLOS.—¡Lucía!

LUCIA.—Así. Y puedes decirlo también más alto. Nadie te oirá, gracias a estos cortinones y tapices aristocráticos que tú tanto odias, aunque frecuentes sus salones.

CARLOS.—Los tapices, no; yo soy un aristócrata de los sentidos; pero nada más.

LUCIA.—(*Con la copita de licor en la mano.*) ¿Quieres beberte lo que queda?

CARLOS.—(*Acercándose.*) En tus labios, sí.

LUCIA.—No. En la copa.

CARLOS.—Como tú quieras. (*Ella le da a beber.*) ¡Samaritana!

LUCIA.—Ea, ya sabes mis secretos. ¿Qué estoy pensando ahora mismo?

CARLOS.—Que no me quieres.

LUCIA.—O que no debo quererte, porque no me quieres tú a mí.

CARLOS.—Me gustas.

LUCIA.—Es poco, y no es una razón.

CARLOS.—En cambio a tí te sobran razones que te inventas para no quererme.

LUCIA.—Si me valgo de razones que oponer a un sentimiento...

CARLOS.—A un sentimiento, no.

LUCIA.—¿A un deseo? Pues a un deseo si tú así quieres llamarlo; pero será que el deseo existe.

CARLOS.—¡Lucía! ¿Sabes lo que quiere decir en francés una allumesse?

LUCIA.—Sí; pero si enciendo algo, cuando lo encienda me quemaré en la llana.

CARLOS.—Con esa respuesta no haces sino encenderme más. (*La quiere besar.*)

LUCIA.—¡No! ¡Todavía no!

CARLOS.—¡Oh, todavía! Eres mala; mala sí, yo sé lo que piensas. Ya he bebido tus sobras y ya sé tu secretos.

LUCIA.—¿Qué dices, loco?

CARLOS.—Y te gusto, y no quieres que te guste. Y porque no te hago el amor a lo romántico quieres diferenciar el amor del deseo, y no admites que deseo y amor son una sola cosa indivisible.

LUCIA.—Porque tú eres un ser extraño a la ternura.

CARLOS.—Porque tú finges ternura sin sentirla. Para este juego te parezco muy bien; para huir conmigo, no. No quieres a tu marido, no, no le quieres; pero es duque, es millonario, ha sido tres veces presidente del Consejo, y esperas que pueda volver a serlo. Pero todo eso caerá.

LUCIA.—¿Sí? Pues esperemos.

CARLOS.—Yo no quiero esperar, yo no puedo esperar.

LUCIA.—Y yo sí; pero no eso que tú sueñas; quiero esperar a convencerme de que me quieres como yo quiero ser querida.

CARLOS.—¿Más? Tú sabes que no es posible querer más. Lo que pasa es que tienes un espíritu dominador y masculino...

LUCIA.—¡Oh!

CARLOS.—Sí, espíritu de amazona. Por eso eres estéril, como las amazonas antiguas, y sin caridad y sin imaginación; sensual, sin sentimientos: capaz de entregarte sólo al vencedor, y el vencedor ha sido hasta ahora, pero sólo hasta ahora, ¿entiendes?, tu marido. ¿Te ríes? ¿Te ríes? (*La coge de un brazo.*)

LUCIA.—Suelta, bruto. Me río, sí. Te ha emborrachado la mezcla. Pero es graciosa tu borrachera; sigue, es graciosa esta declaración de amor violenta y erudita. Nada menos que una amazona griega. ¡Tienes mucha gracia, Carlos!

CARLOS.—¡No! ¡Calla! Te sale por los labios todo el odio que me tienes.

LUCIA.—¡Cómo! ¿No quedamos en que me gustabas? ¿No dices tú que deseo y amor son una sola cosa?

CARLOS.—Es que te gusto y me odias, todo a la vez, con un

odio inconsciente, que te llena el alma a pesar tuyo. Y es un odio de clases y de raza; porque tú eres rica y yo no. Porque tú eres noble y antes de ser duquesa por tu matrimonio eras ya marquesa por tu nacimiento, y todos tus antepasados y todos tus títulos se yerguen en tu orgullo contra mí, que no tengo ninguno; pero pronto no serás duquesa, ni marquesa, sino una mujer, como todas, y yo seguiré siendo un hombre ¡lo entiendes! un hombre...

LUCIA.—¡Un hombre del pueblo! ¿No es eso? Te miro y no puedo contener las ganas de reír. Tú, ¡el pueblo! Ja, ja, ja... Y yo, yo la Bastilla. Pues mira: cuando triunfe tu revolución, esa revolución con que sueñas, la Bastilla caerá...

CARLOS.—Lucía, te ruego que no sigas...

LUCIA.—Es que...

CARLOS.—Te lo exijo.

LUCIA.—¡Carlos! Soy yo quien dice basta, y sin violencia, con razones que tú verás si te convienen. Tus enfados, tus brusquedades pueden divertirme... un momento, y cuando tú no quieras que me diviertan pueden indignarme; asustarme, no. Y aún si me asustara, no te querría, porque por miedo. sólo quieren los salvajes. Y yo no lo soy.

CARLOS.—Los salvajes...

LUCIA.—Déjame acabar y no te pierdas ahora en una divagación sobre el salvajismo, porque si lo que quieres es deslumbrarme con tu sabiduría y con tus artes de conquistador, no vas a conseguirlo. Yo no te admiro. Yo no quiero admirarte porque la admiración es en el fondo servidumbre y yo no quiero servirte.

CARLOS.—Yo en cambio te adoro porque te admiro.

LUCIA.—Porque tú eres... un pagano. Aunque sin el buen gusto de los griegos. Por mí lo digo. Porque tu mal gusto es un halago para mí... ¿belleza?—tú lo has dicho...

CARLOS.—Sí, para tu belleza...

LUCIA.—¡Crepuscular! Ya no soy una niña... Es decir, para mi marido, una niña; para ti casi una vieja.

CARLOS.—¡Oh, eso!

LUCIA.—Es la verdad triste aunque el corazón no tenga edad. Por eso me gusta más gustar, y juego y disfruto de esta ilusión que tú me prestas, y quiero que sea mucho tiempo ilusión... antes de ser desilusión.

CARLOS.—Eres demasiado inteligente, Lucía.

LUCIA.—No. Y además, en eso no caben demasías: pero de todas suertes, lo bastante para poder hablar contigo, para que estando solos como estamos ni la codicia sensual y brutal manche la belieza de nuestras entrevistas, ni un romanticismo llorón y ridículo las haga aburridas. Podemos estar juntos, hablar... y divertirnos... ¿No te parece que ya es mucho?

CARLOS.—Perdóname. Como tú quieras, como tú ordenes. Perdóname. Yo soy tuyo.

LUCIA.—Pero yo... todavía no. Y además, ser tu propietaria tampoco me halaga. Por avidez sólo aman los bárbaros.

CARLOS.—¿Prefieres ser mi verdugo?

LUCIA.—Acaso. ¿Por qué no? Viéndote sufrir, pero sufrir de veras, te amaría por piedad. La piedad es un sentimiento cristiano, y yo soy cristiana. Calla. No me digas algo que pudiera parecer una grosería y que estoy leyendo en tus ojos. Cristiana no quiere decir santa. Cristiana, pero pecadora, y el pecado... eres tú. ¡Quieto! Un poquito de ternura, un poquitito... Y entonces...

CARLOS.—Entonces...

LUCIA.—Cuando te vea sufrir, te daré el beso que ahora pides.

CARLOS.—¿Nada más?

LUCIA.—Cuando mis labios te besen, ya nada podré negarte...

CARLOS.—¡Lucía!

LUCIA.—No. ¡He dicho que no! Yo habré de darlo por mi voluntad. Entrega, regalo, no robo. Yo no me dejo robar. ¡Gánalo!

ESCENA V

DICHOS, MARIA LUISA (22 *años*), *DOÑA JOSEFINA* (50), *y FEDERICO* (25), *foro izquierda.*

LUCIA.—(*Viéndola llegar.*) ¡María Luisa! Pero...

MARIA LUISA.—¡Vaya! Gracias a Dios! ¿Habrás estado intranquila?...

LUCIA.—¿Intranquila?

FEDERICO.—Buenas tardes, duquesa...

LUCIA.—Buenas tardes... Intranquila, ¿por qué? ¿Cómo vienes ahora?

MARIA LUISA.—¡Ah!, ¿pero no sabes nada?

FEDERICO.—¡Ha estallado la revolución!

CARLOS.—¿Qué dice usted?

FEDERICO.—Hola, Carlos.

MARIA LUISA.—Hola, buenas tardes. ¿Pero es que no hay ventanas en esta casa, es que no os enteráis de nada?

FEDERICO.—Los republicanos se han apoderado ya de todos los ayuntamientos de provincias...

JOSEFINA.—El pueblo se ha echado a la calle, señorita...

LUCIA.—¡Dios mío!

MARIA LUISA.—Como que si no encontramos por casualidad a Federico no podemos llegar...

LUCIA.—(*Yendo a la ventana del fondo.*) ¿Pero es posible?

MARIA LUISA.—No, deja, por allí no verás nada... Ven, vengan al balcón del comedor...

CARLOS.—Sí, vamos... vamos... (*Todos hacen mutis foro izquierda.*)

ESCENA VI

El DUQUE y PEDRO MIGUEL (26 *años*), *lateral izquierda.*

DUQUE.—Nadie; se han ido al comedor, sin duda. Más vale así. Ya lo verás. A ti te repito que todo esto es debilidad del gobierno...

PEDRO.—¿Debilidad? Di mejor imposibilidad de evitar lo inevitable y lo justo.

DUQUE.—Si a mí me coge en la Presidencia del Consejo, anoche mismo saco la tropa a la calle...

PEDRO.—¿Para qué, padre?

DUQUE.—¿Para qué están los fusiles y los cañones y la metralla, pregunto yo?

PEDRO.—Para ir contra otra metralla, otros cañones y otros fusiles; para asesinar al pueblo, no. Y menos a un pueblo indefenso, que va con unas cañas y unos trapos a guisa de banderas, sin más armas que su razón y que su alegría...

DUQUE.—El ejército tiene el deber...

PEDRO.—De exterminar a los enemigos de su patria, no a sus hermanos. Sería el ejército de Caín. (*Se oye el vocerío del pue-*

blo, gritos de ¡Viva la República! y ¡Viva la libertad! Aplausos.) ¡Ah! ¡Oyes, padre! ¡no lo querías creer!

DUQUE.—Calla, aguarda...

ESCENA VII

DICHOS, por el foro LUCIA y CARLOS.

LUCIA.—¡Todo el pueblo en las calles, Juan, es horrible!

PEDRO.—¡Es grandioso, señora! Vamos, padre...

(Pedro y Duque hacen mutis izquierda foro. Lucía cae sin fuerzas en un sofá. Carlos, de pie a su lado.)

LUCIA.—No, yo no puedo verlo, yo no quiero verlo. Y esa bandera, esa bandera que no es la mía...

CARLOS.—Lo va a ser ahora.

LUCIA.—No, no es la que me enseñaron a amar...

CARLOS.—Es la bandera de la patria nueva. Te lo dije, te lo anuncié. Ya todo se derrumba, ya no eres la duquesa; eres una mujer...

LUCIA.—Calla, calla...

ESCENA VIII

DICHOS, por el foro el DUQUE y PEDRO MIGUEL, luego BAUTISTA, después MARIA LUISA, FEDERICO y DOÑA JOSEFINA.

DUQUE.—No no es posible, no es posible, no lo puedo creer.

BAUTISTA.—*(Lateral izquierda.)* Señor. Llaman por el teléfono de su despacho... Llaman de Palacio...

PEDRO.—Yo iré, padre...

DUQUE.—No; pon aquí la comunicación, pronto. *(Mutis Bautista.)* Esto es la locura, esto no puede ser. *(Vase al teléfono.)*

PEDRO.—¡Padre!

DUQUE.—Calla, espera. *(Hablando.)* ¡Diga! Sí, sí, yo mismo. ¡Hola, general! Sí, yo el duque de Villalunada! ¡Oh! *(Tapando el fono con la mano oye y habla a la vez con los circunstantes.)* ¡Las turbas llenan ya la plaza Real!

LUCIA.—¡Jesús, Jesús! Cierra, Josefina, cierra, yo no quiero oír. (*Va la carabina y vuelve.*)

DUQUE.—(*Como antes.*) El comité republicano está reunido en casa de Enríquez... (*Pausa.*) Han formado ya gobierno... (*Pausa.*) Que Carranz está ya en el Ministerio de Gobernación. ¡Pero cómo!...

MARIA LUISA.—(*Saliendo con los demás mientras dentro arrecia el tumulto.*) ¡Venid, venid! El pueblo fraterniza con la guardia, abrazan a los soldados... Hay mucha alegría...

LUCIA.—Sss, calla.

DUQUE.—¡Callad! (*Todos se quedan quietos.*) Eso, general, no; usted no puede hacer eso... Un instante, no se retire... (*A su hijo.*) El general Urasti dice que no cuenta con la artillería, ni con el regimiento de zapadores, ni siquiera con la guardia real... ¡Que no responde! (*Al teléfono.*) ¡General, general!

LUCIA.—Dios mío, ¿qué va a ser de nosotros?...

MARIA LUISA.—Nada, si no hay tiros...

DUQUE.—¡Callad!

PEDRO.—Que no le diga eso al rey.

DUQUE.—(*Al teléfono.*) General... sí. ¿Qué decías, hijo?

PEDRO.—Que no le diga al rey que no cuenta con nadie.

CARLOS.—¿Y entonces?

PEDRO.—Que le mienta, que le pinte las cosas de otro modo, que le haga ver que habría una carnicería espantosa... y él sólo renunciará, se irá. No tiene nada que defender.

CARLOS.—Tiene razón Pedro.

PEDRO.—Y si no se va, entonces...

DUQUE.—¡Calla! (*Al teléfono.*) ¡General! ¡General! ¿Eh? ¿Que asaltarán Palacio?

PEDRO.—No asaltan, si se va, no asaltan; nadie quiere sangre...

DUQUE.—(*Al teléfono.*) ¿Y usted me lo pregunta? Qué va usted a hacer. ¡Morir! Y yo con usted. Voy, voy ahora mismo. (*Cuelga el fono.*)

MARIA LUISA.—¡No, papaíto!

LUCIA.—¡Juan, por Dios!

DUQUE.—Mi puesto está allí.

FEDERICO.—Yo creo...

DUQUE.—Dejadme, dejadme.

PEDRO.—Yo también salgo, padre.

DUQUE.—¡Tú!

PEDRO.—Yo, al Ministerio de Gobernación, a ver a Carranz, a que protejan la salida del rey, a que os protejan.

DUQUE.—Tú eres un republicano...

PEDRO.—Por eso, en nombre de la República. No queremos sangre. Queremos libertad, y con sangre la compraríamos; pero no queremos comprarla; queremos que nos la den, porque es nuestra. Y nos la dan, nos la han dado ya. El pueblo la ha querido y es suya.

(*María Luisa, Federico, Lucía y Carlos rodean y contienen al Duque. Un golpe de viento abre de pronto el ventanal del centro. Vuelan las cortinas, vuelan papeles. El grupo se rompe.*)

LUCIA.—¿Qué es eso?

JOSEFINA.—El viento, señora.

PEDRO.—Un viento que todo se lo lleva, que lo barre todo: un viento de renovación. (*Se oye muy cerca la Marsellesa por una banda. La música se va acercando hasta el final del acto.*) Oyes, padre. ¿Oyes? ¡¡El himno!!

DUQUE.—¡Ese himno no es tuyo, es un himno extranjero!

PEDRO.—Es el himno de todos, es el himno de la libertad... Vamos padre. Tú a tu deber, yo al mío.

DUQUE.—Vamos...

MARIA LUISA.—No, papaíto.

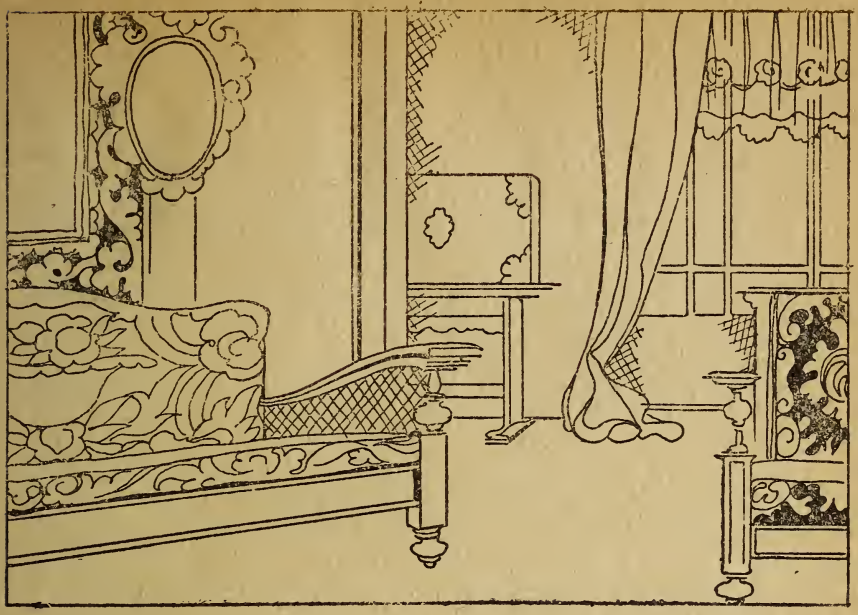
LUCIA.—Pero Juan...

DUQUE.—Dejadme, dejadme.

(*Todos sujetan al Duque, pero éste consigue desairse y sale hacia el foro, seguido de Pedro.*)

TELON

ACTO SEGUNDO



Por la tarde. La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DUQUE, PEDRO MIGUEL, JOSE ENRIQUEZ y AUGUSTO ESCLATAR

DUQUE.—De otra suerte no les hubiera a ustedes recibido.

AUGUSTO.—¡Duque!...

DUQUE.—Perdón. Sin que en ello hubiera ofensa. Así como respondía con amables evasivas a las dos cartas de don José llamándome, hubiera mentido amablemente diciendo que no me hallaba en casa... Pero no estaba mi automóvil, llovía torrencialmente...

JOSE.—¿Y sólo por eso, duque?

DUQUE.—Nada más. Porque llueve a cántaros y mi mujer se ha llevado el automóvil... Yo no quería que ustedes se mojasen.

AUGUSTO.—Es una razón para dar por terminada esta entrevista antes de empezarla...

PEDRO.—Padre...

DUQUE.—Sí. Pero no para que se vayan. No hay entrevistas, pero hay hospitalidad. El automóvil no debe tardar, y en último caso, por teléfono se puede pedir otro. Yo les he hecho subir para que no se mojaran; no echen ustedes a perder mi precaución... Están ustedes con mi hijo, están ustedes en su casa..., servidor de ustedes.

PEDRO.—Pero, padre...

JOSE.—Señor duque de Villalunada, ¿no merecemos el honor de que usted nos escuche?

DUQUE.—Señor Enríquez, quien no merece el honor del tratamiento soy yo. Ya no soy duque; usted que es republicano, lo sabe.

JOSE.—Por eso me importa no recordárselo a usted, duque. Y no se oponga usted a mi buena educación.

DUQUE.—Gracias. Pero no me reproche usted irónicamente una falta que yo no he querido cometer. Siéntese usted. Siéntense ustedes, siéntense, lo suplico. (*Se sientan todos.*) Siéntense y hablen. ¡Qué vamos a hacer! Y no es que no quisiera oírles; es que no quería que ustedes me oyeran negarme a lo que pretenden. Puesto que lo sé...

JOSE.—Pero no lo sabe usted bien. Porque creo que no lo sabe usted bien, insisto, a pesar de que su hijo de usted, hagámosle justicia...

AUGUSTO.—Sí, fué el primero que nos aconsejó no dar este paso...

PEDRO.—Pero requirieron mi ayuda, padre; yo no podía negarme...

DUQUE.—Yo no te reprocho, yo no reprocho a nadie; pero no quiero reprocharme nada a mí mismo.

JOSE.—Y nada tendrá usted que reprocharse ni por oírnos, ni por aceptar.

DUQUE.—¡Por aceptar! ¿Pero usted lo piensa siquiera? ¿Es qué quiere usted ofenderme? ¿Qué puedo yo aceptar?

JOSE.—Mire usted, querido duque. Me gusta hablar claro: Una vez terminada por las Cortes la misión de este gobierno provisional, yo seré, es lo más probable.

PEDRO.—Es seguro...

JOSE.—Es lo más probable, presidente de la república de Alfaria...

DUQUE.—Menos mal.

JOSE.—(*Pausa.*) No es un elogio, duque.

DUQUE.—Yo no puedo hacerle otro. Quisiera decir muy bien; pero militamos en campos contrarios, y me limito a decir menos mal..

JOSE.—Pues si usted se presentara candidato...

DUQUE.—¡Oh, que locura!

JOSE.—Yo seria el primero en aplaudir. Yo siempre he tenido y tengo el más alto concepto de su gran valor, de su gran inteligencia y de su intachable honradez...

DUQUE.—Gracias; pero de mi honradez y de mi lealtad no lo parece...

JOSE.—¿No? ¿Por qué vengo a proponerle algo? Pero... ¿Sabe usted lo que vengo a proponerle?

DUQUE.—Yo le suplico que se lo calle.

JOSE.—¿Por qué? ¿Por la opinión? La opinión estará con usted. ¡Sí! Si no lo supiera no hubiera venido.

DUQUE.—Pero mi opinión no estaría conmigo, y nada más viste, don José, que una mala opinión de sí mismo.

JOSE.—¿Por qué? Usted no necesita definirse, sus últimos actos definen a usted.

DUQUE.—No...

JOSE.—Sí; usted conspiró contra el régimen...

DUQUE.—Contra la dictadura.

AUGUSTO.—Y cuando fracasó la conspiración tronó usted contra la persona real...

DUQUE.—¡En mala hora! Pero el despecho y el rencor sentimental de una hora mala no pueden borrar el amor y la profesión de fe de toda una vida. Como ha dicho muy bien don José, no necesito definirme: el décimo duque de Villalunada, duque nueve veces antes de nacer, no necesita definirse. Vino a este mundo definido. No soy como quiero, sino como puedo, como soy, como fuí siempre, y como nací me muero; y lo que soy seré después de muerto; porque unas viruelas y una herida, los años y la muerte, me cambiarán la cara y el cuerpo, pero los huesos, no.

AUGUSTO.—¿Es que se opone usted al progreso de su país?

DUQUE.—¡No! Y admito que el progreso son ustedes: éste (*Por su hijo.*), que es más joven y más dueño del porvenir; pero no yo. Que las naciones cambien, evolucionan, se transforman; andan hacia nuevos ideales; pero con hombres nue-

vos, cambiando de hombres; no con hombres que cambien de idea.

JOSE.—¿Lo dice usted por mí, duque? ¿Porque fuí ministro de la Corona?

DUQUE.—¡No! Juro por mi honor que ya no me acordaba; pero usted es una excepción y una excepción confirma la regla. En este caso, dos serían muchas excepciones. No me pidan ustedes una traición.

AUGUSTO.—¿Traición a qué? Las ideas se cambian. ¿Los sentimientos? ¿A quién va usted a traicionar si ya no hay rey? No se traiciona lo que no existe...

DUQUE.—Existo yo; y no puedo traicionarme a mí mismo. No puedo; sería preciso cambiarme el corazón.

JOSE.—El corazón es de su patria, duque. Su corazón y su inteligencia, son de ella, y tiene usted el deber de servir a su patria.

DUQUE.—Y la sirvo.

AUGUSTO.—¿Cómo, doctor? ¿Encerrado en su casa? ¿Así la sirve usted?

DUQUE.—¡Ah! ¡Doctor! ¡Doctor! Ya lo ha dicho usted todo. ¡Doctor! Usted no sabe el horizonte que abre usted ante mí al repetirme, por casualidad, el único título que me gané por mi esfuerzo. ¡Doctor!

PEDRO.—¡Ah, padre! Ya vienes a mi campo. El único título...

DUQUE.—¡Calla! Perdón. A ti puedo mandarte que calles.

JOSE.—¿Qué me dice usted? ¿Qué quiere usted decirme? ¿Qué vuelve usted a ejercer su profesión? ¿Ahora? ¿Después de treinta años? No; no es que yo dude de su talento; pero tendrá usted que volver a hacer su clientela. ¿Cree usted que eso le conviene?

DUQUE.—Yo no he hecho jamás lo que me conviene, sino lo que siento. Por eso ahora que no me conviene, me confirmo más en mis convicciones.

AUGUSTO.—Pero no para conspirar, supongo...

DUQUE.—No. Y mi palabra de honor todavía sirve.

AUGUSTO.—Esa siempre.

JOSE.—No faltaba más.

ESCENA II

Dichos y LUCIA, por el foro de la calle.

LUCIA.—¡Ah!, perdonen ustedes no me habían dicho nada...

JOSE.—Duquesa, ¿cómo está usted?

LUCIA.—Muy buenas tardes, don José. ¿Cómo usted por esta casa? Caballero...

DUQUE.—Mi amigo, don Augusto Esclatar...

AUGUSTO.—Señora.

(*Se inclina y le estrecha la mano.*)

LUCIA.—Tengo mucho gusto. Bueno, y siguen ustedes en su casa.

JOSE.—Usted no estorba.

LUCIA.—¿No? Es raro; supongo que estarán ustedes de politiqueo. Pero, en fin, yo voy a dejar estos trapos y estos paquetes... Repito que están ustedes en su casa... Que no sea la última vez, don José.

JOSE.—Eso de su marido depende.

LUCIA.—¿De mi marido? Pues ya sé yo que volverá. (*Al otro.*) Encantada...

DUQUE.—¿Has traído el auto.

LUCIA.—Sí. ¡Buenas tardes!

(*Mutis lateral derecha.*)

DUQUE.—Bueno, pues ya lo han oído ustedes: el auto está a su disposición. Y no es echarlos...

JOSE.—¿Es su última palabra, duque? ¿No quiere usted servir a la república?

DUQUE.—¿Servirla?... Acatarla, sí; respetarla, también; si obedecer es servir, obedezco y sirvo. Pero el acatamiento sin entusiasmo, no vale para mandar.

AUGUSTO.—Total, que es usted nuestro enemigo.

DUQUE.—¿Servirla?... Acatarla, sí; respetarla, también; si es casi como decir un muerto. ¿Qué, aceptan ustedes que los lleve mi automóvil?

AUGUSTO.—Es que...

DUQUE.—Todavía tiene usted reparo en ir en el coche de un enemigo?

AUGUSTO.—No..., no son reparos; pero...

DUQUE.—Mira, Pedro, te regalo el automóvil.

PEDRO.—¡Padre!

DUQUE.—Es tuyo desde ahora mismo. Así no tendrán escrúpulos estos señores. Van en el coche de un correligionario.

JOSE.—Duque, duque, siempre el mismo...

DUQUE.—Siempre. Además...

PEDRO.—Pero, padre...

DUQUE.—Además, nadie puede reprocharme el regalo, y tú menos que nadie.

PEDRO.—Claro está que no

DUQUE.—Porque eres republicano lo digo. No es herencia, es regalo, y así empiezo el reparto social.

AUGUSTO.—Que no tiene nada que ver con la idea republicana. Se ve que no la entiende usted.

DUQUE.—Desde luego, y por eso no colaboro en ella. (*A su hijo.*) Acompaña a los señores al coche y tú quédate.

PEDRO.—¿Que me quede yo?

DUQUE.—Sí; acompáñalos y vuelve.

JOSE.—Duque... Juan, nos conocemos desde niños... ¿Nuestra amistad?

DUQUE.—Como me tratabas te traté. Pero mi amistad era y es la misma. ¡Tú eres un hombre!

JOSE.—Y tú, y tú... ¡y qué hombre!

(*Se abrazan.*)

AUGUSTO.—¿Acepta usted mi amistad?, duque.

DUQUE.—Gracias. La acepto. Usted es quien debe acordarse siempre de mi lealtad, para robustecer en ella la relación que me ofrece. Buenas tardes.

(*Mutis foro todos menos el Duque, que se queda paseando nerviosamente.*)

ESCENA III

DUQUE y a poco PEDRO, que vuelve.

PEDRO.—Aquí estoy, y muchas gracias por el auto, si no es una broma...

DUQUE.—Ofrecer y prometer en broma es... una crueldad, casi una infamia. Y yo no soy capaz.

PEDRO.—Gracias, padre. Pero... ¿por qué has hecho lo que has hecho?

DUQUE.—¿El qué?

PEDRO.—¿Por qué has contestado así?

DUQUE.—Mira, hijo; yo respeto la integridad de tu conciencia; respeta tú la mía. Y vamos a lo que importa, al por qué te he mandado que te quedaras a hablar conmigo.

PEDRO.—Sí, padre.

DUQUE.—Oyeme bien y entiéndeme. (*Pausa.*) No vengas más a esta casa. (*El chico se queda estupefacto.*) No quiero yo que vengas. ¡Nunca más! ¿Lo oyes?

PEDRO.—Pero, padre... ¿por qué, cómo? ¿Es que me niega usted también su cariño?

DUQUE.—No.

PEDRO.—¿Es que me impone usted este castigo por mis ideas? ¿Es que me exige una retractación? ¿Es posible que usted?

DUQUE.—¡Calla! ¿Es posible que tú, pregunto yo ahora, me conozcas tan mal y me creas capaz de lo que me has creído? ¡No! Ni de ceder a esos que tú trajiste a mi casa...

PEDRO.—Padre...

DUQUE.—Ni de contrariar tu pensamiento. ¿No te he dicho que respetaba tu libertad de conciencia? ¿Me he opuesto alguna vez a tus ideas? ¿Serías... lo que eres si desde chiquitito me hubiera propuesto con mano de hierro y con mano de cera, a buenas y a malas, torcerte la voluntad? La ternura de tu madre, que te faltó tan pronto, en mí la encontraste; otra cosa, no; la severidad del padre, no; y cuando pudiste opinar, y acaso demasiado pronto, y me dijiste, yo quiero ser el hijo de mí mismo, el hijo de mis obras, ¿te acuerdas?

PEDRO.—Sí, padre...

DUQUE.—Yo te di un abrazo porque me pareció bien; porque yo no te quería como a una prolongación de mí mismo; porque yo ansiaba perpetuarme en ti; te quería como te quiero, hombre libre. Y más tuyo que de nadie; sin sentirme tu propietario, y por eso no te eduqué, no te torcí, no te moldeé a mi imagen y semejanza, y te educaste tú solito. Para que nada me debieras, puesto que nada querías deberme, porque en verdad nada me debes, ni la vida que pude darte en un ciego minuto de placer; y en cambio yo a ti, sí; yo te debo la vida que te he dado sin consultarte, que es tuya, sola tuya, y toda la mía para respetarla.

PEDRO.—¡Padre de mi alma!

DUQUE.—Deja ahora las efusiones sentimentales y escúchame: los hombres de verdad no cambian así como así sus convicciones antiguas, arraigadas, íntimas; ni por codicia, ni por miedo; ni en la desgracia, ni en la derrota; así no se puede ser monárquico en la derecha y republicano en la izquierda; hoy blanco y mañana rojo, creyente y sentimental al sol y cerebral y ateo a la luna. Y puesto que te he dicho que te quería hombre libre y he leído en tus ojos el asombro de ver juntas en mis labios estas dos palabra: hombre y libre; te digo ahora que mi libertad estriba en ser monárquico, como la tuya en ser republicano; pues vamos a serlo, cada uno por su camino; tu por el tuyo, yo por el mío, y a esta casa ¡no vengas más!

PEDRO.—(*Se levanta muy conmovido.*) Está bien,

DUQUE.—Pero, entiéndeme. Te lo pido con todo mi dolor y con todo mi cariño. No vengas más para que nadie piense que tú y yo somos dos cuerpos de una sola voluntad hipócrita y mañosa...

PEDRO.—Eso no, padre; eso nadie puede pensarlo...

DUQUE.—Mejor; pero que no sea sólo generosidad y justicia ajena; sino sugestión y mandato de nuestra conducta; que nadie piense nunca que tú puedes ayudarme desde tu posición actual, como antes no pudo pensar nadie que yo te ayudara desde la mía. Y adiós, hijo.

PEDRO.—Padre, ¿me dejas devolverte aquel abrazo que me diste de niño? (*Se abrazan.*) Padre, para ti todo mi amor, todo mi respeto, toda mi admiración. ¡Tú sí, tú hubieras podido ser rey!

DUQUE.—Sss, calla, calla; tu no puedes decir eso. No; tú no puedes decirlo. Pero gracias. ¡Gracias otra vez, porque yo no tendré historia; pero tú eres mi crítico y mi posteridad... Si tú piensas bien de mí....

PEDRO.—¡Padre!

DUQUE.—Podré morir en paz, cuando Dios quiera. Y ahora, ve, ve... (*Medio mutis del chico. El lo alcanza.*) ¿Cómo es vuestro saludo? ¿Cómo os saludáis los de vuestro partido?

PEDRO.—¡Salud y República!

DUQUE.—Pues... ahora que nadie nos oye, a nadie se lo diré nunca, a ti sí, desde el fondo de mi corazón... salud... salud, para ti y para tu república, ¡hijo mío!

(*Empuja al chico que hace mutis y se aparta enjugándose los ojos.*)

ESCENA IV

El DUQUE y LUCIA, por donde se fué.

LUCIA.—¡Hola!, al fin te dejaron.

DUQUE.—Ya ves...

LUCIA.—¿De mal humor?

DUQUE.—No.

LUCIA.—¿No? ¿Has reñido con tu hijo?

DUQUE.—No, ¿por qué había de reñir?

LUCIA.—¿Con esos señores?

DUQUE.—Tampoco.

LUCIA.—¿Qué querían?

DUQUE.—Ya te lo puedes figurar.

LUCIA.—Proposiciones políticas, claro. Ofrecimientos en su partido... ¿No habrás aceptado?

DUQUE.—Ya te lo puedes figurar.

LUCIA.—Sí, y me alegro. La situación no está clara y por muy provechosos que fueran los ofrecimientos, no creo que te convinieran.

DUQUE.—¡Ah, sólo por eso te alegras!

LUCIA.—¿Qué quieres decir?

DUQUE.—Nada, Lucía, nada; como yo nunca he hecho lo que me conviene, como nunca he pensado lo que me conviene, crei que tú no pensarías tampoco. Llegué a figurarme que mi resolución—de la cual nunca debiste dudar—te parecería bien por lo que significaba en mí, no por lo que pudiera convenirme.

LUCIA.—¿Pero a qué viene esto ahora? ¿No hemos pensado siempre igual en este asunto? ¿Te convenía cambiar de casaca?

DUQUE.—No, a mis convicciones, no.

LUCIA.—Pues a eso quería referirme. No comprendo tu suspicacia. Además me alegro por otra razón. Creo que debemos irnos.

DUQUE.—¿Irnos? ¿A dónde?

LUCIA.—Adonde sea, fuera de Mila, fuera de Alfaria, y si te hubieras comprometido a algo, hubiera sido imposible.

DUQUE.—Imposible sigue siendo, porque yo no me quiero ir.

LUCIA.—Pues no lo comprendo, Juan. Y precisamente de ello

quería hablarte. De la política no creo que ya puedas esperar nada, ni intentarlo siquiera; socialmente, tu posición, la nuestra, no es la más a propósito para vivir con comodidad y tranquilos en el ambiente que se está formando; como nadie es tan terco como tú, poco a poco, tus amigos, tus relaciones, cambiarán de modo de pensar.

DUQUE.—Eso querría decir que no pensaron jamás de ningún modo.

LUCIA.—O que tienen un sentido práctico de la vida que a ti te faltó siempre. Lo cierto es que no podrás hablar con nadie, ni tratarte con nadie; no podremos, que yo también pienso como tú, aunque yo sabría contenerme, porque no me gusta vivir porfiando y discutiendo; pero como a ti sí, como tú no sabes callar, te pelearías con todo el mundo.

DUQUE.—¡Bah! Teniendo yo mi paz interior y mi conciencia limpia...

LUCIA.—Sueñas, Juan. Yo no me explico que hayas podido ser tantos años político, sin tener el sentido de la realidad. Y es necesario tenerlo ahora más que nunca. O te amoldas al ambiente, o te vas, nos vamos.

DUQUE.—Yo no me amoldo; no conspiro, no me sublevo; pero no me amoldo.

LUCIA.—Bien, yo tampoco; por eso te propongo lo único sensato. Has leído el artículo de tu hijo en la revista *Alfa y Omega?*

DUQUE.—Sí. Lo he leído. ¿Que nuestra capital ya no puede ser la capital? ¿Que subsistía por que era Villa y Corte, y ahora que es sólo Villa no tiene razón de ser? ¿Que es la ciudad en el páramo? Sí, lo he leído, sí.

LUCIA.—¿Y no crees que tiene razón?

DUQUE.—Acaso. Desde nuestro sentimiento, desde nuestra posición intelectual, desde nuestro punto de vista, siempre tenemos razón. Y todos tenemos razón. Por eso hay tribunales de justicia; y la justicia sólo consiste en quitarle a uno un poco de su razón para sumársela a la razón del contrario. De mí sé decirte que sin haber nacido en este pueblo, tan noble que a nadie llamó nunca forastero, en él he de vivir y en él quiero morirme, y si se cumpliera el vaticinio y yo alcanzase a verlo, sobre la hierba que nazca entre los adoquines de la ciudad muerta, yo lloraré mis lágrimas de sangre.

(*Pausa.*)

LUCIA.—¿Y si surge en el país una crisis económica? ¿Y si se compromete y se pierde tu fortuna, y...?

DUQUE.—¡Lucía! ¿A mí me dices? Cuando se haya arruinado la nación, ¿qué puede importarme mi ruina, ni cómo he de contribuir con mi ausencia, con mi huída, a la ruina del Estado salvándome yo?

LUCIA.—¡Oh!, tú no eres solo; no tienes el derecho; tienes hijos...

DUQUE.—Que no me diste tú. No te inquietes por ellos. María Luisa ya escogió su amor; muy pronto me dirá que se casa, y Federico es riquísimo y no viene por su dote; el otro, Pedro, no quiere, no quiso nunca nada mío; será inutil pensar en que pueda heredarme, ni yo puedo hacerle tal ofensa; tú...

LUCIA.—Yo no hablaba por mí.

DUQUE.—Pero yo hablo: a ti puedo entregarte en vida, ahora mismo, cuanto quieras, para que tú hagas de tu dinero lo que quieras, y te vayas cuando y donde quieras..., y viajes, y vuelvas siempre que se te antoje. No tenemos hijos y podemos ser caprichosos, y respetarnos los caprichos: yo los tuyos, tú los míos, si caprichos los juzgas.

LUCIA.—¿Tú te das cuenta de cómo me estás hablando?

DUQUE.—Como tú has querido.

LUCIA.—¿Es que tienes algo que reprocharme?

DUQUE.—Nada. Como no sea el mal consejo de ahora, y el deseo, que no comparto, pero que respeto. Y no hablemos más de ello, te lo ruego. ¿Te gusta el automóvil que tienes?

LUCIA.—¿Eh? No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

DUQUE.—Lo que digo, mujer. Ni te hablo con segunda ni preparo ninguna ironía. Te pregunto si te gusta el automóvil que tienes o prefieres otra marca más nueva, porque el automóvil ya no lo tienes. Es decir, me explicaré, no te alarmes. Lo tienes hoy todo el día y mañana tendrás otro. Este se lo he regalado a mi hijo Pedro...

LUCIA.—¿Que le has regalado el automóvil a Pedro? ¿Y por qué. ¿No dices que él no quiere nada tuyo?

DUQUE.—Es regalo, no es herencia, y además se lo regalé en tal momento, en tales circunstancias, que no tenía más remedio que aceptarlo. En fin, hoy lo puedes usar, vendrá ahora...

LUCIA.—No pienso salir...

DUQUE.—Bien; mañana tendrás el que quieras. Yo por mí compraba otro igual, idéntico; me gusta ser constante... hasta

en eso; pero tú dirás. ¿Tienes alguna preferencia? ¿Quieres un...?

LUCIA.—Mira, Juan, no estoy de humor ahora para...

DUQUE.—¡Bah!, ahora resulta que eres tú la que carece de sentido práctico. No sé por qué de una desavenencia baladí, de una disparidad de opiniones, ha de resultar que nos condenemos a ir a pie.

LUCIA.—¿Es que tienes ganas de mortificarme?

DUQUE.—Todo lo contrario. Quería disipar la nube. Yo sé perdonar, Lucía...

LUCIA.—No sé qué tienes que perdonar...

DUQUE.—Nada, por eso lo digo: es tan fácil perdonar lo que no tiene importancia... Nada grave entre nosotros, mujer, ¿no es eso? ¿Por qué me miras así? Nada grave, no quiero yo, ea. Voy a encargar el auto. A mi gusto, a ver si coincidimos, y si no, pues... otro, y otro, otro, hasta acertar. Todo fuera como eso. ¡Vaya! ¡Hasta ahora, rencorosa! (*Una caricia fría y mutis por el foro.*)

LUCIA.—(*Sola.*) ¡Rencorosa! (*Una breve pausa y se levanta con un gesto de mal humor.*) ¡Oh!

ESCENA V

LUCIA y MARIA LUISA por la izquierda. Luego un CRIADO por el foro. Después CARLOS por el foro.

MARIA LUISA.—(*Con sombrero.*) ¡Ay! ¿No estaba aquí papá?

LUCIA.—Ahora mismo se ha ido.

MARIA LUISA.—¡Qué lástima, tenía que hablar con él!

LUCIA.—¿Sí?... Pues no está de muy buen talante.

MARIA LUISA.—Entonces, mejor; le hablaré a la vuelta.

LUCIA.—¿Dónde vas? Te advierto que no tienes auto.

MARIA LUISA.—¿Se lo ha llevado papá?

LUCIA.—Peor. Se lo ha regalado a tu hermano. ¿Qué te parece?

MARIA LUISA.—¡Ah, muy bien! Tomaré un taxi...

LUCIA.—Mujer, no es para tanto. Por hoy podrás disponer del auto cuando vuelva, y mañana ya habrá otro. ¿Tanta prisa tienes?

MARIA LUISA.—No quiero que me cierren las tiendas. Voy a

comprarle unas corbatas a mi novio... (*Se tapa la boca con la mano.*) ¡Ay!... se me escapó...

LUCIA.—¡Novio! ¿Esas tenemos?

MARIA LUISA.—Bueno. Al fin y a la postre habrá de saberse. De eso quería hablar con papá. Mi novio es Federico; me ganó anoche unas corbatas en una apuesta y...

CRIADO.—(*Foro.*) ¡El señor don Carlos Albátegui!...

MARIA LUISA.—¡Vaya!

LUCIA.—Que pase.

(*Mutis Criado.*)

MARIA LUISA.—¡Ah! (*Al Criado, desde el foro.*) Cuando vuelva el auto me avisa.

CARLOS.—(*Entrando foro.*) ¡Oh, María Luisa!...

MARIA LUISA.—Buenas tardes.

CARLOS.—(*Besando la mano a Lucía.*) ¡Duquesa!

LUCIA.—¿Cómo va, Carlos? Llueve, ¿verdad?

CARLOS.—¡A mares! ¿Pero iban ustedes a salir? Veo a María Luisita ensombrerada...

LUCIA.—Ella sí; yo no; puedo ofrecerle una taza de té muy caliente. Debe usted de venir heladito...

CARLOS.—Aquí hay una temperatura deliciosa...

CRIADO.—(*Foro.*) El coche acaba de llegar, señorita. (*Mutis.*)

MARIA LUISA.—Bien. Pues yo, con permiso de usted...

CARLOS.—¿No toma usted el té con nosotros?

LUCIA.—Déjela. déjela. Tiene un quehacer muy importante. Hay grandes novedades, ya le contaré a usted...

MARIA LUISA.—No, grandes no. Un novio de tamaño natural... Ja, ja... Bueno; Carlos, adiós. Acaso le encuentre a usted aquí todavía. Hasta ahora. (*Mutis foro.*)

ESCENA VI

LUCIA y CARLOS (*Una pequeña pausa.*)

LUCIA.—¡Imprudentazo!

CARLOS.—Lucía, es que...

LUCIA.—No me digas nada; pero eres un imprudente. Sí, ya sé lo que me vas a decir; que hace once días que no me puedes hablar, ya ves que yo también los cuento; que ya no puedes

más; pero yo tampoco puedo, y a pesar de tu imprudencia de ahora, me alegro de ella; yo también necesitaba verte, hablarte...

CARLOS.—Antes dime que no es verdad lo que dicen...

LUCIA.—¿Qué?

CARLOS.—Que te vas, que dejáis Alfaria, que cambiáis de residencia. La condesa de Alguier lo aseguraba anoche; decía que tú se lo habías dicho; yo no lo he querido creer, he porfiado con mi duda, con mi sospecha... Quítamela tú, habla. Di que no es verdad, que no puede ser verdad, porque no puede serlo que tú hayas pensado en irte sin contar conmigo; sería una infamia...

LUCIA.—Lo sería, sí.

CARLOS.—¡Ah!

LUCIA.—Lo hubiera sido, cálmate: lo confieso. sí; pensé en irme...

CARLOS.—Lucía, no...

LUCIA.—Pero no me voy. Tú tienes razón; he sido mala contigo; pero al serlo era mala conmigo misma, mala para mí, por no ser mala. ¡Ay, no sé lo que digo! Pero sé lo que quiero decir, y tú me entiendes. He sido cruel contigo, a pesar mío, por miedo a dejar de serlo; y no me resignaba a no verte y no me decidía a cerrarte las puertas de esta casa...

CARLOS.—¡Echarme! ¿Pero por qué?

LUCIA.—Porque, contra lo que tú crees, no sé mentir, no puedo mentir. Una y cien veces he estado a punto de gritarle a mi marido la verdad; pero hay verdades que no pueden decirse, y por eso... Sí, ha sido verdad que quería irme, alejarme, no verte más, vencerme. Yo no estoy loca y sé que esto era y es una locura, y acabo de hablar con mi marido...

CARLOS.—¿Le has dicho? ¿Tú le has dicho...?

LUCIA.—No; no he podido decirle lo que no hay; no he podido decirle tampoco lo que siento; le he dicho sólo que nos fuéramos, que abandonáramos esta tierra, que pensara en lo difícil de su situación, que...

CARLOS.—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?...

LUCIA.—El último esfuerzo por separarme de ti; pero él no quiere.

CARLOS.—¡Ah!, entonces...

LUCIA.—El no querrá nunca; pero quiero yo... sí, yo. Ya no

puedo más. ¿Es mi destino? Pues lo cumplo; contigo, contigo para siempre.

CARLOS.—Lucía, ¿tú sabes lo que dices?

LUCIA.—Contigo. Sin mentir, sin engañar, lealmente, hasta donde me dejen ser leal. Contigo, llévame, vámonos; ya nada me retiene aquí.

CARLOS.—¿Tú sabes lo que dices?, vuelvo a repetirte. ¡Oh!, juego no; otro engaño, no; me querías tierno, sentimental, romántico, ridículo; como tú has querido que fuera, así he sido. Se acabaron de pronto todas mis exigencias, no he hecho más que suplicar y esperar, sin merecer de ti más que promesas... Pero si prometes ahora has de cumplir. Otra dilación, otra espera yo no podría soportarla.

LUCIA.—¿Dudas todavía?

CARLOS.—No te rías...

LUCIA.—No me río, no. Sonrío porque te veo sufrir, porque es que sufres y sé que puedo calmar tu sufrimiento. ¿Te acuerdas? Te dije: cuando te dé un beso ya no podré negarte nada...

CARLOS.—Lucía...

LUCIA.—Te dije eso; te lo dije..., pues, sí..., Carlos. (*Le coge la cabeza y lo besa.*) ¡Oh! Déjame, déjame... (*Se aleja de él.*)

CARLOS.—¡Vida mía!... (*Quiere acercarse.*)

LUCIA.—No, no te acerques, te lo ruego; ahora no. Necesito ser dueña de mí, estar serena. Hablemos. Es necesario que pienses...

ESCENA VII

DICHOS y el DUQUE por el foro; trae el sombrero y los guantes puestos.

CARLOS.—(*Viéndole entrar.*) Querido duque... (*Le tiende la mano, que el Duque estrecha con el guante puesto.*)

DUQUE.—¡Hola!

LUCIA.—¡Juan!

DUQUE.—Sí; llovía a cántaros y no me atreví a ir a pie, me metí en la portería. Desde allí he telefoneado; mañana tendrás otro coche igual...

LUCIA.—¡Oh!, no corría prisa. ¿Quieres tomar una taza de té con nosotros?

DUQUE.—No, deja.

CARLOS.—¿Qué se dice? ¿Qué se cuenta por ahí? ¿Hay alguna noticia política en los mentideros?...

DUQUE.—¿En los mentideros? (*Ha cogido por el espaldar una silla muy fina.*) Yo no voy por los mentideros... (*Aprieta la silla, que cruje y se rompe.*)

LUCIA.—Pero ¿qué haces?

DUQUE.—¡Vaya! Manos de viejo; que son como manos de niño. A veces quieren jugar y rompen lo que tocan; a veces quieren acariciar y hieren...

LUCIA.—¿Te ha ocurrido algo en la calle? ¿Has discutido?

DUQUE.—No... ¡Qué tontería!

LUCIA.—Bueno; voy a pedir el té...

CARLOS.—Para mí no, duquesa. Se me ha hecho un poco tarde, tengo un quehacer importante...

LUCIA.—No quiero insistir; pero esta ha sido una visita de médico...

CARLOS.—Duquesa. (*Le besa la mano.*) Duque. (*Le tiende la mano que el Duque inmóvil no acepta.*)

DUQUE.—No.

CARLOS.—¡Oh! Estoy en su casa y...

DUQUE.—Sí, y acaso sólo por esto, por estar en mi casa, no tiene usted razón... Por lo demás...

CARLOS.—Yo no comprendo, ni puedo...

DUQUE.—Ni una palabra. Yo le ahorro a usted la incomodidad de hablar... Antes no pude reponerme de la sorpresa, y además todavía llevaba el guante...

LUCIA.—Pero Juan...

DUQUE.—Sss... Calla. Ahora mi mano está desnuda, y yo no puedo dársela. Ni una palabra. Salga usted... y no vuelva. Y no hay explicaciones que pedir.

CARLOS.—Yo estoy a sus órdenes. Pero...

DUQUE.—Y si es el escrúpulo de dejar sola conmigo a... esta señora.

LUCIA.—Váyase usted, Carlos; se lo ruego...

DUQUE.—Ya oye usted; ella se lo ruega, yo se lo mando.

CARLOS.—Yo le repito que quedo a sus órdenes...

DUQUE.—¡Salga usted! Yo no tengo otra cosa que ordenar... (*Carlos hace mutis lentamente.*)

LUCIA.—Juan...

DUQUE.—Ssss... y tú, también puedes dejar esta casa que tú no has querido, que no quieres ya que sea tu casa.

LUCIA.—¡Oh!, esto...

DUQUE.—A ti también quiero ahorrarte el fastidio de hablar y a mí el de oírte. Es demasiado ridículo y demasiado triste, y ya... los tres nos lo hemos dicho todo...

LUCIA.—Pero...

DUQUE.—(*Estallando.*) ¡Lucía! ¡He visto! ¿Pero no entiendes que he visto? ¿Es que todavía vas a mentir?

LUCIA.—No. Pero veo que sufres...

DUQUE.—¡Oh!...

LUCIA.—Y hablo, necesito hablar, y tú me escuchas. Yo he sido leal...

DUQUE.—Leal, tú...

LUCIA.—Sí, y ya sé que te parezco cínica; pero he sido leal hasta donde podía serlo, y lo sigo siendo ahora. Si has visto, no hay nada más de lo que has visto... Un sentimiento combatido, rechazando hasta donde pude rechazar y vencerme... Oyeme, te lo ruego... Yo hubiera querido ser absolutamente leal; más de una vez te he oído decir que las mujeres somos leales sólo en la ruptura... Pero los hombres no nos dejáis ser leales. Sí, sois vosotros: a nuestra sinceridad responde siempre vuesta violencia. Te dije hoy mismo, hace un instante cuanto podía decirte: que nos fuéramos, que dejáramos esta ciudad, que nos alejáramos; quería que me sacaras de aquí... No era un capricho; era un deseo de salvarme... ¡Todavía estás a tiempo!

DUQUE.—¿Qué estás diciendo?

LUCIA.—Si quieres perdonar, todavía puedes perdonar. No ha pasado más de lo que has visto. Recapacito, vuelvo sobre mis pasos, ya no soy una niña...

DUQUE.—No; es verdad, ni mucho menos. Pero todavía gustas, ya ves.

LUCIA.—Deja las ironías; si a ti te hubiera gustado sobre todas las cosas, nada de lo que ocurre habría ocurrido. Y nada ha ocurrido. Vámonos. Yo te prometo reconstruir nuestra vida...

DUQUE.—Y para cumplir lo que a mí me prometes, has de faltar a lo que a otro prometiste, como al prometerle a él... ¡Oh! ¿No ves que así toda tu vida sería un continuo faltar a tus promesas? Vete. Vete... De esta casa y de esta tierra; para siempre, mientras yo viva. La gente creerá así en tu lealtad absoluta; creerá que me dejaste, que huiste... Y no pienses en mi honor, que no sufre por eso, porque mi honor es mío, como el tuyo, tuyo; el honor es nuestro, de cada uno, y uno mismo se

lo da y uno mismo se lo quita..., y nada más. Y eres tú sola quien ha perdido el suyo.

LUCIA.—Y en ello no ha intervenido mi voluntad. Eso es lo que nunca queréis pensar los hombres. No, no hables, no me digas ya nada. Huiré, saldré de esta casa. Es ya en lo único que puedo obedecerte. Porque esto no hubiera llegado nunca. Por evitarlo hubiera yo dado..., lo daba todo, por eso quería irme; pero contigo, lejos...

DUQUE.—¿Pero todavía vas a insistir? ¿No comprendes que me hace daño verte? ¿Que no quiero ya oírte? ¿No lo comprendes?

LUCIA.—Esta bien. Perdóname... Es decir, no... ¡Olvídame! Por más que si sólo me recuerda tu odio, será lo mismo que si me hubieras olvidado...

DUQUE.—¿Y lloras? ¿No comprendes que yo no puedo verte llorar? ¿Que no te concedo el derecho de llorar?

LUCIA.—¡Ah!, ¿No? Es toda mi vida lo que se transforma...

DUQUE.—Porque tú has querido...

LUCIA.—Porque algo ha querido en mí, cuando yo no quería; pero para tí es un dolor y para mí una vergüenza... ¡qué voy a hacer más que llorar!

DUQUE.—Vete, te lo ruego, vete...

LUCIA.—Sí, ya me voy... Me iré para siempre... Pero antes hubiera querido..., no sé... Hace un instante cuando vi que lo sabías todo, cuando sentí que no tenía remedio, no sé; hundirme bajo tierra, desaparecer, morir... Sí, ya sé que no puedo decirte nada, que debo irme; irme... donde no me veas llorar. Porque lloro por no haber sabido quererte, y tú no puedes, tú no debes verme llorar... (*Mutis.*)

ESCENA VIII

DUQUE y MARIA LUISA con un paquete.

DUQUE.—¡Bah!... ¡Pobre mujer!... ¡¡Pobre!!

MARIA LUISA.—Hola papaíto...

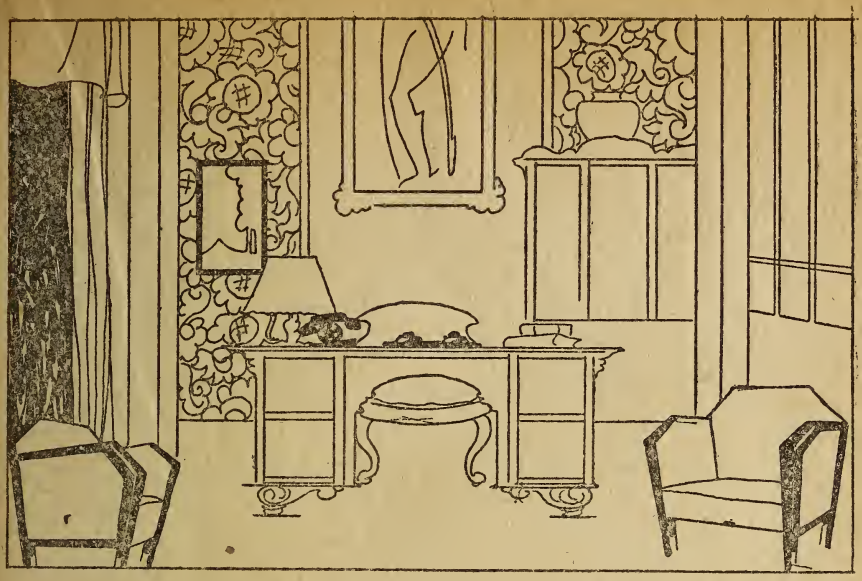
DUQUE.—(*Yendo hacia ella, abrazándola.*) ¡Hija, hija mía! ¡Hijita mía!

MARIA LUISA.—¡Papá! ¿Qué tienes, papaíto?

DUQUE.—No, nada; alegría de verte. Porque tú eres todo para mí en la vida, todo, lo único, lo que yo más quiero, hija de mi vida!

TELON

ACTO TERCERO



Despacho en casa del Duque. Una gran mesa en el centro. Librería. Sillones. Ventana ochavada a la izquierda. Practicable. Puerta achaflanada a la derecha, haciendo "pendant" con la ventana. Otra puerta lateral en primer término derecha. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

El DUQUE, FEDERICO y MARIA LUISA

DUQUE.—Sí, sí, ya sé que es moda desde hace mucho tiempo. Era yo muy joven, querido Federico, ya ves que ha llovido desde entonces, y ya estaban en moda los viajes de novios; pero a mí siempre me parecieron una moda absurda. Se viaja, en viaje de placer, para ver los sitios por donde se pasa, y viajando con la novia no se mira más que a la novia...

MARIA LUISA.—O se viaja por almacenar recuerdos para la vejez, y yendo con la novia se almacenan recuerdos iguales que se han de evocar juntos después. Así, cuando nosotros, Federi-

co y yo, seamos viejecitos, porque vamos a vivir mucho, tanto como tú, podremos decirnos, ¿te acuerdas de aquel tramonto en la playa de Nápoles, bajo el penacho del Vesubio, cuando el aire olía a sal marina y a azahares; y de aquella noche en Venecia toda blanca de luna, y de aquella brumosa mañana de Londres, y de aquella excursión?... Yo seré quien pregunte y él será quien responda, y yo volveré a viajar en sus palabras que me repetirán, embellecido, todo lo que he visto. Y él tendrá todo el mundo en sus labios. Y entonces me mirará a los ojos, que serán como los espejos donde quedaron para siempre las visiones de nuestros viajes...

FEDERICO.—¡Y ella tendrá todo el mundo en los ojos!

DUQUE.—¡Hola! ¡El tendrá todo el mundo en los labios! ¡Ella tendrá todo el mundo en los ojos! ¡Bonito dúo!

MARIA LUISA.—¿Te aburrimos, papaíto?

DUQUE.—¡Ca! Las escenas de amor, en verdad, sólo tienen interés para los enamorados, pero, para mí, en este caso, ningún espectáculo tan interesante como el de vuestro amor. Ahora me vienen a la memoria unos versos que leí en mi juventud, de un poeta que iba también, como vais a ir vosotoros, en viaje de novios, y decían lo mismo que vosotros acabáis dedecir. Me parece que era un soneto, hecho en el tren, y terminaba así:

Yo me complazco en el correr del viaje,
viendo que se retratan en tus ojos,
todas las hermosuras del paisaje.

Por donde colijo que tú también eres poeta, aunque no hagas versos, y que eres romántico, y que tienes corazón, que es algo que no abundan en estos tiempos.

FEDERICO.—Querido suegro...

DUQUE.—Mira: tú dirás que hablo como un descosido, y creerás que hablo por olvidarme y por aturdirme, sí, y acertarás. Por eso es. Pero es que yo también tengo corazón. Un corazón cansado, que rechina como una vieja máquina de relojería y que a lo mejor se va a parar de repente; pero todavía está aquí, y hoy me lo siento, no te creas, me lo siento más que en el pecho, en las sienes, tic, tac, tic, tac... como una máquina. Y a propósito de máquina: en una nueva revista médica, de Strasburgo, acabo de leer los experimentos de un sabio que iba a ponerle a un gato un corazón de goma elástica...

FEDERICO.—Querido suegro, no se esfuerce usted en bromear; si está usted triste, dele usted libre cauce a su tristeza...

DUQUE.—Sí, estoy triste; pero no bromeo, lo que te cuento es verdad; lo he leido, y no es un imposible. Como se pone un brazo postizo y una pierna postiza, ¿por qué no ha de poder ponerse un corazón postizo también? Después de todo el corazón es un motor y un depósito y se hace uno de acero flexible o de gutapercha. Mientras la sangre sea sangre, ¿qué más da? ¡Ja, ja!, que bien, ¿eh? Pues no te creas, sería muy útil y me recuerda una frase admirable de un gran autor dramático español que se llama Jacinto Benavente: "Cuando no se tiene corazón hay que inventarse uno con la cabeza, porque sin corazón no se puede vivir". Y ahora que no hay corazón que todo se hace a máquina, con un sentido utilitario, muy práctico, pero sin sentimiento, ¿por qué no inventar unos corazones hechos por serie, estandarizados, a lo yanki, unos corazones de película sonora?...

FEDERICO.—¡Ay, mi buen don Juan, mi noble duque, cuánta tristeza se le desborda a usted del alma, y cuánto siento causársela yo!...

DUQUE.—Calla, tonto; se me va una hija, sí, es verdad, y es amargo; pero se la lleva un caballero. Poque tú eres un caballero rara avis, cuando todo el mundo es... infantería...

JOSEFINA.—(*Dentro.*) María Luisa... (*Asomándose.*) ¿Quieres venir un momento? Con permiso de ustedes.

MARIA LUISA.—Voy, voy... Un momentito, ¿eh? No sé qué me quiere... (*Y hace mutis.*)

FEDERICO.—Todavía está usted a tiempo. ¿Por qué no se viene con nosotros?

DUQUE.—¡Ca, estorbos, no!

FEDERICO.—Usted no sería nunca un estorbo.

DUQUE.—Y además, no puedo. Yo he debido ser estatua en otra encarnación: donde me ponen, ahí me quedo, inmutable. Me podrán tumbar de pedestal, y ya me tumbaron: cambiarme, no. Llevarme y traerme, tampoco: me rompo.

FEDERICO.—¿Usted, católico ferviente, habla de otras encarnaciones?

DUQUE.—Es una broma, hijo. Una broma relativa, claro está. Porque en mis existencias anteriores, sí creo: es decir, más que creer, las siento, y si sabes leer en los libros sagrados no hay ninguna religión que las niegue, y la nuestra tampoco. Hemos

sido: el temor de haber sido de que hablaba el poeta, es más que el temor, es la certeza. Por eso el hombre que se traciona a sí mismo traiciona algo más, traiciona a sus muertos, y a unos muertos que no son sus parientes difuntos, sino los muertos de su alma, aquéllos donde su alma vivió, y esos muertos se vengan. Pero advierto que me miras con espanto, porque no entiendes de esto una palabra. Ni yo tengo tiempo de explicártelo.

FEDERICO.—¿Sigue usted leyendo mucho, don Juan?

DUQUE.—Sí. Un poquito de filosofía, y medicina, mucha medicina. Mis ojos no están cansados, y mis manos tampoco: desde que dejé la política volví a ejercer todas las mañanas, por afición, visitando pobres. Hasta he operado algunas veces, y muy bien por cierto, con la misma destreza que cuando era mozo. Y no te vayas a creer que chocheo, por lo que te dije del corazón postizo: ya sé que no puede ser, porque habría que mudar las arterias también, que son las que envejecen, y así hace falta un corazón de carne, el músculo verdadero, raíz y savia de todo árbol circulatorio: un corazón de hombre, en fin, como el tuyo y como el mío.

ESCENA II

DICHOS, JOSEFINA y MARIA LUISA, ésta con sombrero. Por un lateral luego BAUTISTA.

FEDERICO.—Vaya, don Federico, aquí tiene usted a su mujercita hecha una turista...

DUQUE.—¿Ya?

MARIA LUISA.—Ya, papaíto.

FEDERICO.—Todavía no, todavía quedan unos minutos.

JOSEFINA.—Muy pocos. Yo voy a ponerme el sombrero... (*Mutis por donde salió.*)

DUQUE.—(*Por su hija a Federico.*) Mírala: ¿no hablábamos de corazones de metal? Este que vas a llevarte es de oro. (*Se conmueve.*)

MARIA LUISA.—Papaíto. ¡Ay, Señor!, no sé qué me da dejarte tan triste...

FEDERICO.—Ya le he dicho que todavía está a tiempo, que si quiere acompañarnos...

MARIA LUISA.—Sí, papaíto...

DUQUE.—No. A volar vosotros. Es lo natural, tan humano, tan demasiado humano, que a veces parece inhumano. Pero así es. Uno es como un árbol, crece y se llena de hojas, y viene el otoño, y caen, y se las lleva el viento, y llega el invierno, y las ramas desnudas se tienden en el aire como los brazos de un náufrago.

MARIA LUISA.—Papaíto, si tú quisieras, nosotros seríamos tan felices llevándote con nosotros; te cuidaríamos tanto... Si yo hubiera sabido el día en que te hablé de mi matrimonio que te ibas a quedar tan solo...

FEDERICO.—Deja, María Luisa, no le hables de eso...

DUQUE.—Puede hablar, podéis hablar. ¿Creéis que he olvidado? No olvido; pero no recuerdo con rencor. A ella y a todos los que me han hecho daño, yo no les deseo más que una larga vida. Años para ver vejez y desengaño, y ellos verán como yo he visto, tantos cambios, tantas transformaciones, tantas deslealtades... y entonces sabrán cómo es de profunda y de negra esta tristeza de haber vivido mucho. De sobrevivir a todo lo que amamos.

JOSEFINA.—(*Volviendo con sombrero y con cabás.*) Aquí estoy ya. (*A María Luisa.*) Tu cabás no se lo confié a nadie. (*Al Duque.*) Señor duque...

DUQUE.—Yo no soy el señor duque para ti, Josefina.

JOSEFINA.—Ha sido usted como un padre... Yo quería a usted decirle... que por mí... yo no lo hubiese dejado nunca...; pero usted me manda... y...

DUQUE.—Calla, calla. Tú vas a cuidar a mi Marujita y su marido. A mí me queda Bautista...

BAUTISTA.—(*Foro.*) Señor duque.

DUQUE.—¡Hombre! Hablando del ruín de Roma... ¿Di?

BAUTISTA.—El coche espera.

DUQUE.—Van en seguida.

JOSEFINA—Venga usted conmigo, que bajen las maletas (*Mutis Josefina.*)

DUQUE.—(*A Bautista.*) Espera. Y ustedes una copita de coñac con el viejo. Trae coñac, Bautista.

MARIA LUISA.—¿Papaíto, si tú no bebes nunca?

DUQUE.—Un día es un día y en un día puede hacerse lo que no se hizo nunca en la vida; lo que jamás creímos hacer. Ade-

más esto da cierto optimismo, y quiero brindar por vuestros amores. Aquí está. (*Entra Bautista. El Duque sirve.*) ¡Salud!

FEDERICO.—Salud..., padre... (*Beben.*)

MARIA LUISA.—(*Abrazándose a su padre después de beber.*) ¡Papaíto!

DUQUE.—¡Hija mía! (*La besa.*)

JOSEFINA.—(*Saliendo.*) Cuando quieran.

DUQUE.—Vamos allá.

MARIA LUISA.—No, papaíto. Tú no vengas a la estación.

FEDERICO.—Ni a la puerta. No salga usted de aquí.

DUQUE.—No salgo, no. (*Va a la ventana.*) Os va a hacer un día espléndido. ¡Mirar qué cielo azul! (*Transición.*) Claro que a mí me parece ese cielo limpio y risueño que por una cruel casualidad preside siempre las ejecuciones de los reos de muerte. Es el cielo indiferente de los fusilamientos. ¡En fin! No hay más remedio. ¡Hijos míos!

FEDERICO.—(*Yendo a abrazarle.*) ¡Padre!

DUQUE.—¡Hijo! Te llevas la única flor de mi vida. ¡Cuídamela!

FEDERICO.—¡Sí, siempre, siempre!

(*María Luisa abraza y besa a su padre sin hablar.*)

DUQUE.—Cuando eras chiquitita y ya no tenías madre, yo te enseñé a rezar. No lo olvides. Tu hermano no quiso rezar nunca; yo, creyente siempre, ocupado en mis negocios de hombre, dejé de ir a misa, dejé de rezar; acaso, necio, por parecer más hombre; porque un político no reza, manda; pero sabía que tú rezabas por todos. No lo olvides. Ahora mientras yo rezo por tu hermano, reza tú por mí. Y nada, nada... a ser feliz, muy feliz, hija de mi alma, muy feliz (*La besa y la separa de él.*)

FEDERICO.—Vamos, compañerita, ven vamos ya...

MARIA LUISA.—Mi viejecito, mi pobre viejecito. (*Inician el mutis los dos. Josefina corre hacia él.*)

JOSEFINA.—Mi amo, adiós.

DUQUE.—Josefina...

JOSEFINA.—(*Lo abraza.*) ¡Pero mi amo! Yo soy de otro tiempo, y usted es mi amo, mi señor, ¡el señor!

DUQUE.—Anda, anda... adiós... (*Todos menos el Duque han hecho mutis.*)

ESCENA III

EL DUQUE solo y luego BAUTISTA

(*El Duque va hacia la ventana, mira y luego baja al escritorio y escribe un cheque que arranca del talonario. Llama al timbre.*)

BAUTISTA.—¿Ha llamado el señor duque?

DUQUE.—Atiende, Bautista. Mi hija me ha dejado un encargo para ti. Esto. (*Por el cheque.*) Es un cheque de treinta mil pesetas. Y para ti, son tuyas.

BAUTISTA.—¿Para mí, señor duque?

DUQUE.—Sí, atiéndeme. Lo firmo yo, porque por disponerlo ella así, le he dado esa cantidad de menos en su dote.

BAUTISTA.—Pero yo, señor duque...

DUQUE.—Es lo natural. Media vida has pasado en esta casa. Tú has visto nacer a mis hijos. Ella, María Luisa, va a ser feliz, y se acuerda de ti. Sabía que si te lo daba ella misma, tú no ibas a recibirlas, ha querido que yo te obligase, y yo te mando que las tomes...

BAUTISTA.—Señor duque...

DUQUE.—Tú puedes escribirle agradeciéndole...

BAUTISTA.—Sí, señor.

DUQUE—Si ella estuviera aquí, te gustaría darle un abrazo...

BAUTISTA.—Señor, cómo me iba a atrever...

DUQUE.—(*Abrazándole.*) ¡Bautista, mi buen Bautista, mi viejo amigo! Anda, anda, ve... (*Inicia el mutis.*) Y que no me molesten, no estoy para nadie. (*El Criado desaparece.*)

ESCENA IV

El DUQUE solo, a su tiempo PEDRO MIGUEL, luego BAUTISTA. El Duque se asoma un instante a la ventana y mientras la cierra dice para sí:

DUQUE. "Y un cielo implacable
despliega su curva..."

(Luego con mucha calma cierra todas las puertas con llave; saca del escritorio dos sobres cerrados que coloca sobre él y el revólver. En el centro de la escena sin arrodillarse.) Señor, perdona a tu siervo. Fuí fiel y leal a tu doctrina; creo no desobedecerte tampoco ahora. Tú dijiste "no matarás"; pero no dijiste nunca "no te matarás", Señor, paz para mi patria, ventura para los míos y perdona a tu siervo.

(Coge el revólver, se sienta en un sillón y levanta el brazo armado apuntándose a la sien; en este momento unos golpes en la puerta, muy violentos, le interrumpirán la acción.)

PEDRO.—*(La voz de Pedro Miguel dentro.)* ¡Padre, padre, ábreme, soy yo. Pedro Miguel, soy yo tu hijo... Abre, socorro, padre!

DUQUE.—¡Dios mío! *(Deja el revólver en la mesa y corre a abrir.)* ¿Qué ocurre, Pedro?

PEDRO.—¡Un tiro, padre!

DUQUE.—¿Eh? ¿Qué dices?

PEDRO.—Un tiro de un loco, de un canalla.

DUQUE.—¡Sangre! ¿Más sangre todavía? ¿De quién?

PEDRO.—¡Se muere don José Enríquez, padre! ¡Nuestro presidente! ¡Y no se puede, no se debe morir!

DUQUE.—¿Pero... cómo ha sido, cuándo?...

PEDRO.—Ahora mismo, salíamos del Hipódromo, entre la muchedumbre que le vitoreaba frenética, de repente un tiro criminal...

DUQUE.—¿Dónde lo han herido?

PEDRO.—¡En el vientre, padre! Lo han metido en una casa de socorro, donde podían...

DUQUE.—*(Tapándose la cara con las manos.)* ¡Misericordia, Señor, misericordia!

PEDRO.—Le ven unos médicos torpes, creo que hay que operar de urgencia... En la confusión, perdóname, padre, yo di tu nombre, todos aprobaron, el pobre casi moribundo abrió los ojos y con un hilo de voz, con un suspiro, dijo... "Sí..., Juan..., que venga" ¡Es tu amigo, padre! Es nuestro presidente...

DUQUE.—¡Es un hombre, hijo!

PEDRO.—¿Vienes?

DUQUE.—Sí... Debo ir. ¡No sé si podré!...

PEDRO.—Sí, padre. Has operado a tantos heridos en la guerra, tú sabes de eso más que nadie...

(El Duque, rapidísimo, ha guardado sin que lo advierta el chico, el revólver y papeles y toca el timbre.)

BAUTISTA.—(*Aparece en el acto a la puerta.*) Señor duque...

DUQUE.—Pronto, Bautista; el estuche de cuero negro, el grande que está en el segundo cajón del estante. ¡Y un sombrero, pronto! (*Aparte.*) ¡Jesús, Jesús!

PEDRO.—Vamos, padre, no hay que perder ni un momento...

DUQUE.—Sí, vamos, hijo, y la vida no es más que eso, un momento. La vida puede acabar todas las noches, y puede empezar todas las mañanas, y es un momento para ganarlo todo y otro para volverlo a ganar. Cuando piensas ya no me queda nada que hacer; cuando te digas ya no hay esperanza, todo está perdido... ¡Espera! Hay un mañana que no sabes, hay un momento que ignoras.

PEDRO.—No te entiendo, padre; estás exaltado...

DUQUE.—¡Me entiendo yo! (*A Bautista que aparece.*) Sí, esa es, bájala al coche; trae. (*Le quita el sombrero de la mano.*) Vamos, hijo. Vamos a salvar al presidente de la República y vamos a pagarle mi salvación.

PEDRO.—¿Qué dices?

DUQUE.—Vamos, hijo, vamos.

(*Mira al cielo y murmura algo en silencio. Transición.*)

Todo es un momento, y en éste el doctor Juan de Mendoza y Villar, que nunca debió ser más que médico... ¡Empieza su carrera otra vez!

(*Salen los dos muy de prisa y cae el TELON.*)

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL
OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

EDITORIAL ESTAMPA-PASEO DE SAN VICENTE, 18 MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 cts.

NUMEROS PUBLICADOS:

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Cadenas y G.-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de los Hnos. Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAI, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE..., de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.

37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
42. HERNANI, de los hermanos Machado y Villaespesa.
43. NO HAY DIFICULTAD Y CRISTOBALON, de Linares Rivas.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.
LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoi.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Viu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El Pastor Poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís.
59 ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavín.
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI?, de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El Pastor Poeta.

82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Viu.

83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.

84. LA SANTA, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.

85. LOS CLAVELES, de Sevilla y Carreño.

86. EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.

87. EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMEQUE, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.

88. EL ROSARIO, de Florencia L. Barclay y A. Bisson

89. LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Meré, traducción de Cristóbal de Castro.

90. NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

91. LA PRISIONERA, de Bourdet, trad. de Cadenas y G.-Roig.

92. UNA FARSA EN EL CASTILLO, de Molnar, trad. de Lepina.

93. ¿QUE TIENES EN LA MIRADA?, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

94. PEPA DONCEL, de Jacinto Benavente.

95. EL FANTASMA DE CANTERVILLE, de Oscar Wilde.

96. LA CASA DE LA TROYA, de Linares Rivas y Pérez Lugín.

97. LA NIÑA DE PLATA, de Lope de Vega, refundición de Antonio y Manuel Machado.

98. NAPOLEON EN LA LUNA, de Navarro y Sáez.

99. ADAN Y EVA, de Pilar Millán Astray.

100. LA DAMA DEL MAR, de Ibsen, versión española de Cristóbal de Castro.

101. ROMANCE, adaptación española de A. Fernández Lepina.

102. EL ABOLENGO, de Manuel Linares Rivas, y DUO, de Paulino Masip.

103. AMO A UNA ACTRIZ, de Ladislao Fodor, traducción de Enrique de Rosas.

104. PARA EL CIELO Y LOS ALTARES, de Jacinto Benavente.

105. DON FLORIPONDIO, de Luis de Vargas.

106. EL CARDENAL, de Luis N. Parker, adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.

108. LA ARAÑA DE ORO, de Orsler y Brentano, versión castellana de Cadenas y Gutiérrez-Roig.

109. LA LOBA, de Ceferino R. Avecilla y Manuel Merino.

110. ¡ATREVETE, SUSANA!, de Ladislao Fodor, traducida del húngaro por Tomás Borrás y Andrés Révèsz.

111. EL DIFUNTO ERA MAYOR, de Luis Manzano Mancebo.

112. HAN MATADO A DON JUAN, de Federico Oliver.

113. SIXTO SEXTO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

114. LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS..., de M. y A. Machado.

115. ¡MALDITA SEA MI CARA!, de Magda Donato y Antonio Paso.

116. LO QUE DIOS DISPONE, de Muñoz Seca.

117. PARA TI ES EL MUNDO, de Carlos Arniches.

118. ORIENTE Y OCCIDENTE, de W. Somerset Maugham.

119. ESTUDIANTES Y MODISTILLAS, de Antonio Casero.

120. VOLPONE, de Ben Jonson.

121. EL ALFILER, de Pedro Muñoz Seca.
122. SER O NO SER, de Rafael López de Haro.
123. MARIA VICTORIA, de Manuel Linares Rivas.
124. EL GATO Y EL CANARIO, de John Willard, traducida por José Luis Salado y F. Pérez de la Vega.
125. LA AVENTURA DE IRENE, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
126. ¿QUE DA USTED POR EL CONDE?, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
127. MAYA, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
128. EL NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA, de Insúa y Oliver.
129. ELLA O EL DIABLO, de Rafael López de Haro.
130. EL CUATRIGEMINO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
131. LOS TRES MOSQUETEROS, de Ardavín y Valentín de Pedro
132. CUANDO EMPIEZA LA VIDA, de Linares Rivas.
133. ¡LA CONDESA ESTA TRISTE!..., de Carlos Arniches.
134. MANOS DE PLATA, de Francisco Serrano Anguita.
135. DE CUARENTA PARA ARRIBA..., de Antonio F. Lepina y Ricardo G. del Toro.
136. FABIOLA O LOS MARTIRES CRISTIANOS, de Tomás Borás y Valentín de Pedro.
137. PELELES, de Francisco de Viu.
138. ANFISA, de Leónidas Andreiev.
139. EL PROTAGONISTA DE LA VIRTUD, de Manuel D. Benavides.
140. EL RUISEÑOR DE LA HUERTA, de El Pastor Poeta.
141. ¡CONTENTE, CLEMENTE!, de Antonio Paso.
142. EL ALMA DE LA ALDEA, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
143. EL MILLONARIO Y LA BAILARINA, de Pilar Millán Astray.
144. LA HIJA DE JUAN SIMON, de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.
145. EL CONDENADO POR DESCONFIADO, de Tirso de Molina, arreglo de los Hnos. Machado.
146. LA EDUCACION DE LOS PADRES, de José Fernández del Villar.
147. LA MALA MEMORIA, de Abati y García Alvarez, y LA CIZAÑA, de Linares Rivas.
148. LA ROSA DEL AZAFRAN, de Romero y Fernández Shaw.
149. SHANGHAY, de John Colton, traducción de A. Mori.
150. SATANELO, de Pedro Muñoz Seca.
151. CASANOVA, de Loran Orbok, traducción de F. de Viu.
152. SEIS PESETAS, de Luis de Vargas.
153. LA SOMBRA, de Darío Niccodemi.
154. LOS POLLOS "CAÑON", de José Fernndez del Villar.
155. LA MAR Y SUS PECES, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156. LA MUJER DESNUDA. de Henri Bataille. traducción de Tulio Sarce.
157. LA CARCEL MODELO, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158. TRIANERIAS, de Muñoz Seca y Perez Fernández.
150. EL SEPTIMO CIELO, de Austin Strong, traducción de Antonio F. de Madrid.
160. OLIMPIA, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y Andrés Révèsz.
161. PAPA GUTIERREZ, de Francisco Serrano Anguita.

162. EL CRIMEN DE JUAN ANDERSON, de Annie Wisse, adaptación de Juan G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163. "K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164. LA ESPADA DEL HIDALGO, de Luis Fernández Ardavín.
165. DON ESPERPENTO, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166. LA DANZARINA ROJA, de Charles-Henry Hirsch, traducción de Lepina y Burgas.
167. SIEGFRIED, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
168. LA CALLE, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.
169. EL TONTO MAS TONTO DE TODOS LOS TONTOS, de Antonio Paso y Tomás Borrás.
170. EL AMANTE DE MADAME VIDAL, de Luis Verneuil.
171. LA PERULERA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172. ¡CASATE CON MI MUJER!, de Ladislao Fodor, adaptación española de Tomás Borrás.
173. ME LO DABA EL CORAZON, de Honorio Maura.
174. LA VIEJA RICA, de Fernández del Villar.
175. PIRUETA, de Fernando de la Milla.
176. LA MARICASTAÑA, de Felipe Sassone.
177. ¡VIVA ALCORCON, QUE ES MI PUEBLO!, de Ramos de Castro y Carreño.
178. EL SEÑOR BADANAS, de Arniches.
179. LA CONDESITA Y SU BAILARIN, de Honorio Maura.
180. MONTE DE ABROJOS, de José Castellón.
181. ADAN O EL DRAMA EMPIEZA MAÑANA, de Felipe Sassone.
182. LOS CHAMARILEROS, de Arniches, Abati y Lucio.
183. EL ALMA DE CORCHO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
184. HAN CERRADO EL PORTAL, de Ardavín.
185. TIERRA EN LOS OJOS, de Serrano Anguita.
186. EL HOMBRE QUE SE DEJA QUERER, de Bernard Shaw.
187. TOMAME EN SERIO, de Antonio Paso.
188. LA NOCHE LOCA, de Honorio Maura.
189. MARI-BEL, de Rafael Coello de Portugal.
190. EL CUENTO DEL LOBO, de Molnar.
191. PROA AL SOL, de Angel Lázaro.
192. EL PADRE ALCALDE, de Muñoz Seca.
193. LA PRIMA FERNANDA, de Manuel y Antonio Machado.
194. LOS AMORES DE LA NATI, de Pilar Millán Astray.
195. DOÑA HERODES, de Antonio Paso.
196. MARGARITA, ARMANDO Y SU PADRE, de Enrique Jardiel Poncela.
197. LA DE LOS CLAVELES DOBLES, de Luis de Vargas.
198. LA GUAPA, de J. M. Granada y Téllez Moreno.
199. LA ACADEMIA, de García Alvarez y Muñoz Seca.
200. DI QUE ERES TU, de Antonio Paso y Juan Chacón.
201. MI CASA ES UN INFIERNO, de José Fernández del Villar.
202. LA REINA CASTIZA, de don Ramón del Valle-Inclán
203. ¡QUE TRABAJE RITA!, de Antonio Estremera y Rafael García Valdés.
204. ¡NO SEAS EMBUSTERA!, de Molnar, adaptación de Francisco Serrano Anguita y Andrés Rèvèsz
205. LAS POBRECITAS MUJERES, de Luis de Vargas.
206. EL PERRO DEL HORTELANO, de Lope de Vega, refundición de Manuel y Antonio Machado.
207. "UN MOMENTO", de Felipe Sassone.

TEATRO ESCOGIDO

TOMO 1

La chica del gato.

El señor Adrián, el primo, o qué malo es ser bueno.

Las estrellas.

Prólogo de JOSE CARNER.

TOMO 2

Es mi hombre.

La señorita de Trevelez.

Los milagros del jornal

Prólogo de RAMON PEREZ DE AYALA.

CARLOS ARNICHES

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de San Vicente, 18
MADRID

LA FARSA

ESTA A LA VENTA EN LA

LIBRERIA Y EDITORIAL

MADRID

ARENAL, 9 - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección.

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID